



Viaje a Francia

Domingo Faustino Sarmiento

BIBLIOTECA



AYACUCHO

Biblioteca Ayacucho es una de las experiencias editoriales más importantes de la cultura latinoamericana nacidas en el siglo XX. Creada en 1974, en el momento del auge de una literatura innovadora y exitosa, ha estado llamando constantemente la atención acerca de la necesidad de entablar un contacto dinámico entre lo contemporáneo y el pasado a fin de revalorarlo críticamente desde la perspectiva de nuestros días.

La colección La Expresión Americana está destinada a completar y ampliar el espectro de las obras publicadas por Biblioteca Ayacucho mediante la edición de estos libros de relieve memorialista, biográfico, autobiográfico y ensayístico en los que priva el placer de la lectura sobre cualquier otra intención. Son los maestros de Latinoamérica presentados como peripecia vital y suscitación de imágenes.

BIBLIOTECA  **AYACUCHO**

Viaje a Francia

Colección La Expresión Americana

Viaje a Francia

Domingo Faustino Sarmiento

28

Selección y presentación
Oscar Rodríguez Ortiz

BIBLIOTECA



AYACUCHO

CONSEJO DIRECTIVO

Humberto Mata
Presidente (E)

Luis Britto García
Freddy Castillo Castellanos
Luis Alberto Crespo
Gustavo Pereira
Manuel Quintana Castillo

© Fundación Biblioteca Ayacucho, 2004
Colección La Expresión Americana, N° 28
Hecho Depósito de Ley
Depósito Legal If 50120048003222
ISBN 980-276-374-8
Apartado Postal 14413
Caracas 1010 - Venezuela
www.bibliotecaayacucho.com

Dirección Editorial: Julio Bolívar
Jefa Departamento Editorial: Clara Rey de Guido
Asistencia Editorial: Gladys García Riera
Jefa Departamento de Producción: Elizabeth Coronado
Asistencia de Producción: Henry Arrayago
Corrección: Mariela Sánchez Urdaneta

Concepto gráfico de colección: Blanca Strepponi
Actualización gráfica de colección: Pedro Mancilla
Diagramación: Pedro Mancilla
Pre-prensa: Linotipo Vidal, c.a.
Impreso en Venezuela / *Printed in Venezuela*

PRESENTACIÓN

EN 1845, apenas terminado de editar *Facundo*, Sarmiento emprende viaje hacia Europa desde Valparaíso, pues lleva ya, en dos tandas, once años de un ocupadísimo exilio. Lo envía el gobierno de Chile con el propósito de conocer la organización del sistema educativo en otros países. Se interesará también por documentar nuevas tecnologías a ser aplicadas después en Argentina. Tres años durará el viaje en un periplo que alcanza Francia, España, Italia, Suiza, Alemania, los Países Bajos. Más tarde, Canadá y los Estados Unidos. Además, en la ida, pasa por Montevideo. De regreso, por Cuba, Panamá y Perú. Desde luego que no es el viaje de un estudiante becado ni el de un turista en alegres vacaciones, ni había forma de que Sarmiento descansara: el trayecto hacia Europa es, principalmente, una atareada reflexión acerca del utopista Fourier, es decir, una prolongada discusión sobre uno de los modos posibles o imposibles de organizar una sociedad. Desde este punto de vista, es como si el barco no hubiera desatracado: él sigue en lo suyo y se prepara para reunirse en la embarcación sólo con la gente pensante. Si el viaje a Europa era para él y unas cuantas generaciones posteriores latinoamericanas casi un rito de iniciación o de paso, la experiencia del Viejo Mundo será para Sarmiento la confirmación, acaso definitiva, de su propia teoría social según la cual la civilización está representada por lo urbano, por Europa y particularmente lo francés, “el foco desde donde parten para nosotros los movimientos del espíritu”. Ya se sabe qué era para él lo bárbaro.

Esto no impide que pueda haber mucho de esnobismo latinoamericano en eso de ir a Europa y, casi de manera central, en estar y sentirse, al menos por un tiempo, un habitante de Lutecia. Al fin y al cabo, la mayor novela Argentina del siglo XX pasa en París, en parte, y en la otra parte Horacio se dedica a vivir de la ausencia de París y a seguir buscando a la Maga. No hay que extrapolar demasiado para recordar lo que representó esa capital para Darío o para Gómez Carrillo. Lo que significó para García Márquez y la escritura de su coronel. La buhardilla de Vargas Llosa. El París de la saga de Bryce Echenique. Tal vez uno de los pocos momentos en que Sarmiento pierde el control por influencia del ambiente es cuando desea tener más tiempo y dinero para prolongar su estancia en París. Entonces hace lo que está a su alcance y es gratis: caminar por las calles, vagabundear sin rumbo. Sarmiento, seguramente sin saberlo, vive la experiencia de los personajes poéticos de Baudelaire: se hace un *flâneur*, el paseante ocioso. Se sorprende también por la multitud en las calles, lo cual produce el *atropamiento*. Imposible, otra vez, que Sarmiento se abandone: se dedica a comprender cómo circula la masa en grupos de a tres y verifica la constancia del río humano. En otros cuadernos, que no se incluyen en esta edición, lleva la exacta contabilidad de sus gastos. Es el mismo tipo de anotaciones que se consigue, por ejemplo, en los diarios de Francisco de Miranda y de Jefferson: se permite una cena de lujo, una entrada a la ópera cómica, compra medias o pantalones y hasta anota cuánto le costó que le lijaran los callos.

Pero en el caso de Sarmiento el viaje tiene aun un significado más grave: la francofilia es una hispanofobia. Lo francés no es simplemente la fantasía personal o senti-

mental respecto a una ciudad o a un país idealizado, la segunda patria de todos los hombres, como se ha dicho. Para él, y en buena y suficiente parte para la generación argentina de los años treinta del siglo XIX, la apertura hacia lo francés es una implacable crítica hacia el orden colonial español. Es decir, se ofrece como un instrumento de independencia y soberanía. De ahí el castellano sometido a la durísima prueba pampeana de Sarmiento. Muchas veces se ha alegado que la insuficiente formación de Sarmiento fue la razón de su lengua. Otras veces, posiblemente más cerca de la verdad, se ha visto que esa lengua era así por ser indomable el autor y la lengua resultar vehículo de una mente en perpetua efervescencia. A este aspecto se sumaría la corriente literaria que Sarmiento sigue por instinto: antes del viaje a Europa era un romántico y el año 1842 sostuvo en Chile una seria confrontación en defensa de esta estética y, desde luego, contra el clasicismo, que señala como conservador y reaccionario respecto a la revolución mental que se propone. A la llegada a Francia y en el trayecto por el Sena hacia París ante sus ojos desfilan ruinas góticas, y Sarmiento se entusiasma describiéndolas y ahondando en torno al misterio arquitectónico de las catedrales, que expresa con su particular fraseo: “caprichos fantásticos, dice uno a primera vista; pero observando con ojo atento, vese que aquellos torreoncitos son los sustentáculos de aquella espuma pétreo que afecta formar el cuerpo del edificio”.

Sin embargo Sarmiento no da puntadas en el aire. Pueda que asista al Salón de Pinturas de 1846 y opine sobre arte, o que se entretenga en las miles de suscitaciones que Francia le proporciona, lo cierto es que no pierde el rumbo. Su viaje a París tiene dos propósitos evidentes:

uno, que su obra, el *Facundo*, sea conocida en ese país. No sólo por la natural vanidad de autor, sino porque ése es el gran tema de su vida, o el único: la denuncia, en todos los ámbitos, de la dictadura de Rosas y de la barbarie. Conocer su libro es conocer a la Argentina y entender la trama del país y su tragedia. De ahí entonces que consiga entrevistarse con Adolphe Thiers, el político y ministro del momento, también historiador y hombre de letras. El propósito: tratar de influir nada menos sobre el gobierno francés acerca de la política tolerante o indolente del régimen hacia el gobierno dictatorial de Rosas. Es interesante indicar que el escritor actúa como si fuera el embajador de una república en el exilio y como un experimentado político. Desde luego, Sarmiento comprobará que los europeos no entienden bien el asunto porque lo miran exclusivamente desde el ángulo de sus intereses inmediatos y sus disputas geopolíticas. En otras obras, después, Sarmiento verificará que la posición inglesa respecto a Rosas es incluso más pragmática: dice que esperan el debilitamiento del país para incursionar en él como hicieron en 1806, antes de la Independencia. Hipersensibilizado hacia lo político, asiste a las sesiones del Parlamento y sigue la discusión de intereses locales con la misma pasión que aplica a los intereses americanos. Visita al general San Martín en su destierro. La otra gran experiencia de Sarmiento fue los Estados Unidos, itinerario que cubrirá entre septiembre y noviembre de 1847 y será objeto de otro libro de esta colección.

Oscar Rodríguez Ortiz

En la presente edición se ha actualizado y normalizado la ortografía. Para facilitar la lectura se han colocado algunos intertítulos al texto (N. del E.).

VIAJE A FRANCIA

Cerca de Francia

AHORA QUE me aproximo a aquel foco¹ desde donde parten para nosotros los movimientos del espíritu, uno en pos de otro, como los círculos concéntricos que describen las aguas en algún punto de la superficie, siento no sé qué timidez, mezclada de curiosidad, admiración y respeto, como aquel sentimiento religioso e indefinido del niño que va a hacer su comunión primera. Siéntome, sin embargo, que no soy el huésped ni el extranjero, sino el miembro de la familia, que nacido en otros climas se acerca al hogar de sus antepasados, palpitándole el corazón, con la anticipación de las sensaciones que le aguardan, dando una fisonomía a los que sólo de nombre conoce, y tomando prestados a la imaginación, objetos, formas y conjunto que la realidad destruirá bien pronto, pero que son indispensables al alma, que, como la naturaleza, tiene horror al vacío.

Quiero, pues, antes quedarme en ayunas de toda impresión extraña, y para conseguirlo necesito contarle algo de mi travesía de Río Janeiro acá. ¿Por dónde iba usted? ¿Romanticismo? Ya pasó. ¿Eclectismo? Lo hemos rechazado. ¿La monarquía moderada? ¡Quite allá! ¿La República del 93, con la Asamblea Nacional?... Oiga usted al

1. La relación de esta parte del viaje se presenta como una carta dirigida a Carlos Tejedor, fechada en Ruán el 6 de mayo de 1846 (N. del E.).

oído, tengo un secreto. El falansterianismo, el fourierismo, el socialismo!!! ¡Qué república ni qué monarquía! Voy a contarle el caso.

Entre Río de Janeiro y Europa

Habíamosnos reunido en el Brasil, Irarrázabal y los jóvenes chilenos que le acompañaban y no obstante la amistosa solicitud del enviado extraordinario a Roma, partí en distinto buque, si bien al mismo tiempo que ellos. Con veinte chilenos se vive en Chile siempre, aunque esté uno en el Japón, y yo quería, desprendiéndome de las reminiscencias americanas, echarme en aquel mundo de extraños en cuyo seno había de vivir en adelante. No quedaron frustrados mis deseos a bordo de “La Rose”, hermoso paquete que hace la travesía entre El Havre y Río, construido ex-profeso para el lucrativo transporte de pasajeros, y decorado con un lujo a que no estamos habituados en el Pacífico. Entre 45 pasajeros de proa, un argentino y yo pertenecíamos al habla castellana, algunas familias brasileñas, gran número de franceses, tal cual alemán, he aquí la sociedad en que debíamos movernos durante la navegación: mundo que tiene por límites el casco del buque y en el que no tardan en formarse parcialidades, enredarse intrigas, y nacer malquerencias o aficiones entre individuos que más de civilidad sirven al principio de tentáculo suave, para examinar el carácter y condición de cada uno de los habitantes de a bordo, hasta asimilarse los unos y alejar a los otros, según que se adapta o no a nuestro modo de ser, y tan constante es esta regla, que aquel joven argentino que obedeciendo a las simpatías del idioma, había tomado camarote conmigo, a los tres días

estuvo ya fuera de mi círculo, absorbido por uno de los brasileños, a quien lo apegaban invenciblemente las afinidades de la sangre de veinticuatro años, tan llena de expansión de ordinario, tan rica de ilusiones. No era tan de fácil composición mi *cosmos*, y aquella reserva rayando en timidez en los que no pecan de comunicativos, prolongaba mi aislamiento aun después de que todos los grupos estaban perfectamente diseñados. Rugendas me había presentado a un joven alemán de tan blando carácter, como era ligera su sangre, el caballero Saint-Georges; a un capitán de corbeta francés, de regreso de Tahití a Francia, culto en sus modales, pero verdadero oficial de marina de difícil abordaje; y entre la turba de pasajeros hacía se notar un joven pálido, de nariz aguileña, sombreado el conjunto de sus nobles y bellas facciones por una barba negra, reluciente, tupida y prolongada hasta el pecho.

La cuestión argentina y chilena

Estos tres individuos eran los que por posición, educación y edad parecían más amalgamables; pero el progreso de nuestras relaciones era lento: *bon jour*, *bon soir*, y esta o la otra observación pasajera, formaban el caudal de nuestros diálogos. También ellos me tenían en cuenta; cada uno contando con atraerme a su círculo, sin que se excediesen de aquella comedida reserva que guardan los que se estiman para los que principian a estimar. Entre el de la barba negra y yo, mediaban además, circunstancias originales. Supo él bien pronto que era yo *unitario* de los que no transigen, y sabía yo por mi parte que era él, aunque francés, partidario de Rosas; y esta antipatía de ideas nos hacía solícitos y respetuosos recíprocamente, cuidadoso cada uno

de no hacer saltar la primera chispa que podría traer el malestar que causan las opiniones irreconciliables. No tardó empero la ocasión de encontrarnos en presencia uno de otro, sobre aquel escabroso terreno. Descendiendo por accidente a la cámara del buque, encontrélo explicándole al capitán de corbeta, la cuestión del Río de la Plata; y jamás he consentido entre personas inteligentes, cualquiera que sea su rango y su posición, que en mi presencia se calumnie o se desfigure el verdadero carácter de la lucha. Este es un penoso deber que me he impuesto, y que hasta hoy he llenado sin ceder a consideración ninguna. Hay para mí algo de tan santo en las grandes desgracias de los pueblos, que creo complicidad imperdonable, el silencio, siquiera, cuando otros se permiten juzgarlos mal. Hube, pues, de tomar parte en la conversación, no sin disculpar mi no solicitada ingerencia, y después de explicar hechos mal comprendidos, haciendo salir la cuestión del innoble cuadro en que la tienen encerrada la fisonomía exterior de los sucesos, y la influencia de las personas, el comandante Massin, Mr. Tandonnet, el de la barba negra y yo, formamos un círculo menos numeroso sin duda, pero en cuanto a intercambio de ideas, el más escogido, puesto que muy pocos de entre los demás pasajeros, pretendían hacerse notar por este lado, salvo un brasileño entrado en años, especie de bufón literato, que intentó hacerse el héroe de la sociedad e hizo *fiasco*, a causa de la torpe inmoralidad de sus gracias, que no daban sin duda la más alta idea de sus costumbres, relajadas hasta la crápula, según lo supimos más tarde. Tenía, pues, mi mundo, mis amigos y mi círculo en aquel trío tan penosamente formado. Las cuestiones odiosas fueron poco a poco apartándose, quedando por material inagotable de nuestras pláticas, ideas generales,

accidentes de viaje, reminiscencias artísticas, libros, poetas, etc. El comandante Massin había estacionado largo tiempo en Tahití, y penetrado en aquel mundo bárbaro de la Oceanía, tan rico en sus estudios sobre la naturaleza primitiva de los gobiernos y de las regiones. Cuando el gobierno de Chile mandó ocupar el Estrecho de Magallanes, era él el capitán del vapor francés que los colonos encontraron surto en aquellas aguas, y aunque nada me haya dicho directamente, algunos antecedentes significativos me han dejado traslucir que reconocía el Estrecho de orden de su gobierno para tomar posesión de él. La ocupación de las Marquesas había sido recomendada al ministerio en una obra en que el autor se extendía igualmente sobre la conveniencia de ocupar el Estrecho, a fin de asegurar las comunicaciones con las islas del Pacífico; y esta segunda parte del proyecto, quedó sin ejecución por la oportuna medida del gobierno de Chile, que obedeciendo a indicaciones análogas en cuanto a asegurar ventajas para su comercio, veía en el Estrecho lo mismo que el gobierno francés buscaba. Creía el comandante Massin, que para la navegación de vapor prestaría aquella colonia de Magallanes importantes servicios, si el gobierno chileno hacía continuar las sondas del Estrecho en la parte que Fitz Roy había dejado incompleta, pues allí estaban las verdaderas dificultades de la navegación, modificando bastante en mí con sus observaciones de marino, las ideas generales que yo había emitido sobre el mismo asunto en la época que precedió a la ocupación. A propósito de vapor quejábase el comandante de la incapacidad industrial, de los hombres de Chile, y de la oportunidad malograda por algunos individuos de Concepción, para haber asegurado con el gobierno francés una contrata de carbón de piedra, que habría desen-

vuelto en el país aquella industria y asegurado a los empresarios una fortuna. Pero todas sus reflexiones en ocho días que permaneció en Concepción, no fueron parte a persuadirles que los precios exigidos, siendo superiores a los del carbón inglés puesto en el Pacífico, hacían imposible todo arreglo.

La presencia de Rosas

Mr. Tandonnet, ahora mi amigo, ofrecía aún instructivos detalles de su residencia en América. Con una educación aventajada, y por la posición de su familia, en aptitud de viajar sin miras de comercio, había residido en Montevideo largo tiempo, puéstose en contacto con los jóvenes montevidianos y argentinos, tenido reyertas por la prensa con Rivera Indarte, y formado una pobre idea personal de los enemigos de Rosas. Contrariado en sus miras como redactor de un diario en francés, por el gobierno de Montevideo, que en los primeros días del sitio no podía permitir la emisión de opiniones que contribuían con los esfuerzos de Mr. Pichon a retraer a los franceses de armarse en defensa de la plaza, Mr. Tandonnet abandonó dicha ciudad abrigando cada día mayor enemistad contra aquellas gentes; pasó al campamento de Oribe, y aunque en su círculo no hallase nada más digno de su aprecio, el jefe se captó su voluntad por sus maneras afables, y una verdadera amistad los ligó desde entonces.

Con estos antecedentes pasó a Buenos Aires, y allí, en el círculo de Manuelita, a quien fue presentado, empezó a creer necesario para la República Argentina un gobierno que tachaban de cruel, y que él sólo encontraba rudo como el país, y adaptado perfectamente a los gobernados.

Rosas lo recibió en su quinta, como un buen campesino, sin ostentación, en mangas de camisa. Hablóle cuatro horas de sus trabajos en la campaña como hacendado, del cultivo del trigo introducido por él desde muy temprano, y de la injusticia de los unitarios en atribuirle actos de crueldad que nunca había cometido. Gobernaba pueblos semi-bárbaros, que no podían ser reprimidos sino por la violencia, estaba cansado de aquella penosa tarea, que le distraía de sus ocupaciones campestres, y acechaba la ocasión de poder consagrarse a la vida doméstica; los federales no querían admitir su dimisión, etc. A la caída de la tarde el caballo de Tandonnet se había extraviado, y Rosas, con la llaneza más grande, le invitó a pasar la noche, durmiendo en efecto en una pieza inmediata a aquella en que Rosas, Manuelita y uno de los locos dormían. Esta escena campestre, tan inocente, tan contraria a las ideas que tenemos de un tirano, habían dejado en él profundas impresiones. Rosas en momentos de expansión y de buen humor le había golpeado la espalda y dirigiéndole bromas sobre su barba, monumento de tolerancia, puesto que no había otra en toda la extensión de la república. Rosas era desde entonces un *bon enfant*, un paisanote sencillo y bonazo, gobernando sus estados como el buen rey Dagoberto que hacía él mismo su puchero, y daba audiencia a sus vasallos sentado a la sombra de una encina, tomando su mate, o comiendo pan y queso. Así se hace y se escribe la historia.

Un utopista a bordo

Tandonnet profesaba, además, doctrinas que falseaban su razón en punto a libertad. Tandonnet era falansteriano. Había bebido la doctrina en la fuente misma; era

discípulo de Fourier, y el Juan bien amado del maestro. Háblele cerrado los ojos, y conservaba en su poder la pluma con que escribió en los últimos momentos de su vida, algunos cabellos suyos, y sus zapatos, como reliquias carísimas. Nuestras pláticas durante los dos meses de navegación, nuestras lecturas, alimentábalas esta nueva doctrina, y mis meditaciones en las silenciosas horas de las tibias tardes tropicales, después de haber presenciado el esplendoroso ocaso del sol, cuyas fantásticas y sublimes magnificencias predisponen el espíritu a la contemplación volvían otra vez sobre ella, preocupado con la grandeza de las ideas, y la fascinación de aquel sistema de sociedad que repudia la civilización como imperfecta y opresora; la moral como subversiva del orden armónico creado por Dios; el comercio como un salteo de caminos; la ciencia de nuestros filósofos como la decepción y el error; y los seis mil años de historia como la prueba más flagrante de que aun no vuelve todavía la especie humana de la senda extraviada en que se echó desde la vida salvaje. Fourier rompe con todos los antecedentes históricos, niega el progreso; y el despotismo, la monarquía o la república, todas son palabras vanas sin resultado ninguno positivo. Quiero introducirlo al furierismo por la misma puerta por la cual he entrado yo.

Fourier propone un sistema de asociación en el cual el trabajo será atractivo, en lugar de ser repugnante como lo es ahora. Si las sociedades humanas se organizan según su plan, he aquí lo que sucederá: “Cuando el género humano habrá explotado el globo hasta el 60° norte, la temperatura del planeta se dulcificará y se hará más regular. El calor fecundante adquirirá más actividad; la aurora boreal haciéndose más frecuente se fijará sobre el polo, y se extenderá en

forma de anillo o de corona. La influencia de la corona boreal cambiará el sabor de los mares, y precipitará las partículas bituminosas por la expansión de un *ácido cítrico boreal*. Este fluido combinado con la sal de mar, dará al agua marina el gusto de una especie de limonada que nosotros llamamos *agrisal*. Esta descomposición es uno de los preliminares necesarios para las nuevas creaciones marinas, debiendo ser aniquiladas por la inmersión de fluido boreal y la descomposición que operará en los mares, todas aquellas legiones de monstruos marinos, los cuales serán reemplazados por una multitud de anfibios serviciales. Habrá entonces “anti-ballenas remolcando los buques en las calmas; anti-tiburones ayudando a arrear el pescado; anti-hipopótamos tirando las lanchas en los ríos, etc.”. El caballo, siguiendo este progreso de la naturaleza, será reservado para tiro solamente, cuando se posea la familia de portadores elásticos, el anti-león, el anti-tigre y el anti-leopardo, que serán de triple dimensión que los de los mundos actuales. Así, a cada paso de un anti-león, hará cuatro toesas saltando y escurreándose a la vez, y el caballero que vaya montado sobre la espalda de este corcel, irá más muellemente que en una berlina suspendida. “¡Qué gusto no dará –exclama Fourier– habitar este mundo, cuando se posean tales servidores!”.

Y si estas cosas no han sucedido, cúlpese de ello al hombre mismo que no ha sabido preparar los antecedentes. “Se han engañado –dice el profeta– de una manera extraña, sobre el papel asignado al hombre, cuando se le ha tratado de criatura frágil, de gusano de la tierra; es al contrario un ser de gran peso en los destinos universales y va a reconocerse como un error científico de nuestro globo, que puede comprometer el universo entero, la masa de los planetas, y el sol de la bóveda celeste que, después de muchos miles de años,

experimentan este perjuicio de la parte de nuestro planeta”.

El Sol engendra mundos y de su cohabitación con los planetas, nacen lunitas graciosas y retozonas como unos cabritillos. “El sol, aunque muy activo en funciones luminosas, está contrariado en sus funciones aromales por efectos de derrames de nuestro planeta (fecundación de las plantas) que no puede suministrar sino aromas de mala calidad (hueros), mientras no esté organizado en armonía (sistema social de Fourier).

“El sol ha fijado ya un cometa, la lunita Vesta o Febina; puede haber fijado otras aún, y puede ser que los dos satélites de Saturno, recientemente descubiertos, no estuviesen *en línea* hace 2.000 años. Durante tres siglos anteriores al diluvio, la tierra dio buen aroma, *tetra cardinal*, de que hizo uso para *fijar a Vesta*. Pero la provisión estaba agotada en tiempo de César, en que el sol ha sufrido una grave enfermedad, de la cual ha experimentado una recaída en 1785. Es falso que haya estado enfermo en 1816, como lo sospecharon algunos. Era la tierra quien estaba afectada y lo está cada día más y más, según lo que se observa por la degradación climática y el desarreglo de las estaciones.

“El alma es inmortal, pero perfectible viajando de este mundo al otro, y volviendo a animar nuevos seres, hasta obtener la perfección.

“Nuestras almas, al fin de la carrera planetaria, habrán alternado 810 veces del uno al otro mundo, en emigración e inmigración, de las cuales 810 son *intramundanas* y 810 *extramundanas*.

“Las almas en la otra vida toman un cuerpo formado del elemento que llamamos *croma*, que es incombustible y homogéneo con el fuego. Penetra los sólidos con rapi-

dez como se le ve por el aroma llamado fluido magnético.

“Las almas de los difuntos gozan de diversos placeres que nos son desconocidos, entre otros el *placer de existir y de moverse*. Nosotros no tenemos conocimiento de este bienestar, comparable al del águila que flota sin agitar las alas. Es esta una facultad de que gozan constantemente en la otra vida las almas de los difuntos, provistas de cuerpos aromantes, la felicidad de *existir*, sin tocar la tierra, ni mover las piernas. Las flores, los animales, todos los seres creados son tipos de las pasiones humanas.

“Siendo el ave el ser que se eleva sobre los otros, la naturaleza ha colocado sobre su cabeza los retratos de las especies de espíritus de que están amuebladas las cabezas humanas. El águila, imagen de los reyes, no tiene sino un moño pobre y echado para atrás, en señal del miedo que *agita* el espíritu de los monarcas, obligados a rodearse de guardias. El faisán pinta al marido enteramente preocupado de los riesgos de infidelidad. Se ve una dirección contraria en el moño de la paloma, pintando el amante seguro de ser amado. El gallo es el emblema del hombre de mundo, del calavera afortunado con las mujeres. El pato es el emblema del marido engatuzado, que no ve sino con los ojos de su mujer. La naturaleza afligiendo al pato macho con una extinción de voz, ha querido pintar a aquellos maridos dóciles que no tienen el derecho de replicar cuando una mujer ha hablado.

“La col es el emblema del amor misterioso. La coliflor es el emblema contrario, el amor sin obstáculo ni misterio, los goces de la juventud libre que voltejea de placer en placer”.

Después de leer estos extractos que hago a la ventura de los libros que me rodean hace dos meses: ¿creerá us-

ted, mi querido amigo, que se haya compuesto este sistema fuera de un hospital de locos? ¿Han podido realmente escribirse tales cosas, y leerlas sin arrojar el libro hombres inteligentes?

Y sin embargo, Fourier es un pensador profundo, un ingenio de observación, de estudio, de concentración. Libre de todo contacto con este mundo, sin educación que falsificase sus ideas, Fourier ha seguido una serie de soluciones matemáticas que lo han conducido a estas aberraciones, pero bañando de paso de torrentes de luz las cuestiones más profundas de la sociabilidad humana. Pobre por elección, dependiente de una casa de comercio, hasta los 66 años para vivir de un salario, ignorado largos años después de haber publicado su teoría de los *cuatro movimientos*, vejado, burlado cuando su sistema fue conocido de los sabios; Fourier ha vivido en su mundo armónico, compadeciendo a los pretendidos filósofos, y gozándose en la apoteosis que le aguarda cuando las sociedades humanas entren en el camino que él les deja trazado. ¡Qué risa le excitan los economistas! ¡Qué desprecio le inspiran los moralistas! ¡De los políticos que hablan de libertad y de instituciones, no merece hablarse! Fourier mandó al doctor Francia del Paraguay un ejemplar de sus obras, contando con que aquel sombrío tirano comprendiese su pensamiento. Entre los sabios Newton, entre los conductores de la humanidad Jesús, he aquí los dos únicos hombres que le han precedido, todo lo demás es canalla, pedantes y majaderos. Contábame Tandonnet que una vez conversando ya en sus últimos días, decía Fourier sobre Jesucristo: “Hizo mal en entrar tan pronto a Jerusalén; se dejó arrastrar por el amor de la popularidad: todavía su doctrina no había echado raíces profundas en el pueblo; él

debió continuar más tiempo predicando en las campañas y huir de la capital, donde la aristocracia y el clero eran poderosos. Pero se dejó alucinar, y la transitoria ovación del domingo de Ramos, sólo sirvió para precipitar su suplicio. Yo en su lugar habría permanecido más tiempo en Galilea". Ya ve usted una manera nueva de explicar el Evangelio. Según este sistema, Jesús daba banquetes monstruosos a orillas del lago de Cafarnaum o de Genesaret para exponer en un *meeting* general la nueva doctrina social. ¿Qué extraño era entonces que sobrasen doce canastos de pan, si nadie comía, escuchando al orador, subido sobre alguna roca para hacerse oír a campo raso como O'Connell y Cobden? Ahora comprendo quiénes son aquellos fariseos, a quienes larga tantas punzadas: son los lores, el parlamento, los partidarios del privilegio y del monopolio, los cuales le echaron el guante cuando él creía poder derrocarlos, y lo colgaron, nada más natural. Así se ha hecho siempre con los que han venido a turbar la tranquilidad pública con nuevas doctrinas. Es una fortuna que Fourier haya escapado a esta recompensa que los pueblos tienen prontita para los redentores, desde Sócrates hasta nuestros tiempos.

En despecho de todas estas extrañas lucubraciones de un espíritu que parece hablar desde otro planeta que el nuestro, en despecho del ridículo tan fatal siempre para las innovaciones, Fourier tiene discípulos, hombres profundamente convencidos, y que esperan con fe imperturbable la realización de su sistema. Varios ensayos de falansterio se han intentado en Francia, en el Brasil, y en los Estados Unidos, y si bien el éxito no ha justificado la teoría, todo el mundo está convencido de que el inconveniente no está en ella misma, sino en el medio ambiente, en la

falta de recursos suficientes para la realización material del hecho. Lo que es innegable, lo que sin ultrajar el pudor y la justicia no puede negarse, es que las *Cunas públicas*, las *Salas de asilo*, las *Colonias agrícolas* para los niños delincuentes en que se les enseñan tres oficios, creaciones todas tres que han recibido ya la sanción de la experiencia, y asumido el rango de instituciones públicas en Francia, son robadas, plagiadas a Fourier, el primero y el único que ha sugerido la idea. Los conflictos de la concurrencia, los alzamientos de los obreros por falta de trabajo, la opresión y la muerte de las clases pobres, aplastadas por las necesidades de la industria, Fourier los había expuesto *a priori*, antes de que el parlamento inglés se ocupase de disminuir las horas de trabajo, ni Cobden hecho su famosa liga de los cereales, lo que prueba que hay algo fundamental en la doctrina del visionario, doctrina en cuyos detalles no entraré aquí, pero le expondré a usted las objeciones a Fourier de mi incredulidad de *civilizado*.

Objeciones a Fourier

A mí no me espanta la corona boreal, ni se me da un ardite de que el mar se convierta o no en limonada. Hay tantos limones en Chile, que puede uno prescindir por egoísmo de aquella inapreciable ventaja, que para lo que es ahogarse, lo mismo tiene hacerlo en agua salada que en un mar de horchata. Pero yo hubiera querido que Fourier, y esto es lo que objeto a sus discípulos, hubiese basado su sistema en el progreso natural de la conciencia humana, en los antecedentes históricos, y en los hechos cumplidos. Las sociedades modernas tienden a la igualdad; no hay ya castas privilegiadas y ociosas; la educación que completa

al hombre, se da oficialmente a todos sin distinción; la industria crea necesidades y la ciencia abre nuevos caminos de satisfacerlas; hay ya pueblos en que todos los hombres tienen derecho de gobernar por el sufragio universal; la gran mayoría de las naciones padece; las tradiciones se debilitan, y un momento ha de llegar en que esas masas que hoy se sublevan por pan, pidan a los parlamentos que discuten las horas que deben trabajar, una parte de las utilidades que su sudor da a los capitalistas. Entonces la política, la constitución, la forma de gobierno, quedarán reducidas a esta simple cuestión. ¿Cómo han de entenderse los hombres iguales entre sí, para proveer a su subsistencia presente y futura, dando su parte al capital puesto en actividad, a la inteligencia que lo dirige y hace producir, y al trabajo manual de los millares de hombres que hoy emplea, dándoles apenas, con que no morir, y, a veces, matándolos en ellos mismos, en sus familias y en su progenie? Cuando esta cuestión, que viene de todas partes, de Manchester, como de Lyon, encuentre solución, el fourierismo se encontrará sobre la carpeta de la política, y de la legislación, porque esta es la cuestión que él se propone resolver.

Y luego; ¿por qué la libertad ha de ser indiferente, aún para la realización misma del descubrimiento social? ¿Por qué la república, en que los intereses populares tienen tanto predominio, no ha de apetecerse, no ha de solicitarse, aunque no sea más que un paso dado hacia el fin, una preparación del medio ambiente de la sociedad para hacerla pasar del estado de civilización al de *garantismo*, y de ahí al de *armonía perfecta*? Esto es lo que no le perdono a Fourier, cuyas doctrinas han hecho a mi amigo Tandonnet, indiferente a los estragos hechos por el despotismo estúpido en Buenos

Aires, y amigo y admirador del bonazo de D. Juan Manuel.

Un brasileño a bordo

Baste ya de ideas abstractas, y para despejar su espíritu de estas serias preocupaciones, póngase usted conmigo a bordo de “La Rose”, que ya vamos llegando a Francia. Todos los días hay una hora o más de *noir et rouge*, especie de monte en que cada uno pierde o gana alternativamente algunos francos. Un brasileño ex-escribano y que va a cualquier universidad alemana a comprar un título de abogado sin rendir examen, cuando ha colectado una buena suma, se levanta sin ceremonia dejando a los aficionados mirando. La indignación se hace general a bordo; un día protestan todos contra tamaña indignidad; el comandante Massin, tan circunspecto de ordinario, apoya este movimiento con algunas palabras públicas, ya que no oficiales, de reprobación; y cuando el indigno se ve oprimido por la opinión unánime de la cámara de proa, se dirige a mí, como americano al fin, ya que no tengo la gloria de ser brasilero, y con voz insegura me dice: “¡Extranjeros! ¡canallas, quién les hace caso!”. He aquí para lo que sirve la nacionalidad americana; escudo de maldades siempre, máscara de la nulidad y de la impotencia. ¡Extranjeros! y sin embargo, estamos a dos días de distancia de las costas de Francia, en un buque francés, entre europeos, formando los americanos de puntos distintos, *extranjeros* también entre sí, una minoría insignificante. ¡América del Sur! española o portuguesa, ¡la misma siempre!

Vista de Francia

Las costas de Francia se diseñaron al fin en el lejano

horizonte. Saludábanlas todos con alborozo, las saludaba también yo, sintiéndome apocado y medroso con la idea de presentarme luego en el seno de la sociedad europea, falto de trato y de maneras, cuidadoso de no dejar traslucir la *gaucherie* del provinciano, que tantas bromas alimenta en París. Saltábame el corazón al acercarnos a tierra, y mis manos recorrían sin meditación los botones del vestido, estirando el frac, palpando el nudo de la corbata, enderezando los cuellos de la camisa, como cuando el enamorado novel va a presentarse ante las damas. “La Rose” entra en los *docks* o *bassins* (no conozco la palabra castellana que supla estos nombres), atraca al borde de madera de los canales, y una innoble turba de criados elegantemente vestidos nos asalta, nos grita, escala el buque por las maromas, nos rodea como moscas, nos apesta con su aliento, se insinúa en nuestras manos y en nuestros bolsillos para depositar una tarjeta con el nombre del hotel que los envía. Es en vano hablarles, injuriarlos, espantarlos con las manos, fugarse, esconderse. ¡Eh! ¡la Europa! ¡triste mezcla de grandeza y de abyección, de saber y de embrutecimiento a la vez, sublime y sucio receptáculo de todo lo que al hombre eleva o le tiene degradado, reyes y lacayos, monumentos y lazaretos, opulencia y vida salvaje!

En el puerto El Havre

No he podido desimpresionarme en dos días del mal efecto que me ha producido esta primera impresión. Parece que El Havre no es la Francia, sus bellísimos edificios son modernos, no hay antigüedades, no hay monumentos. Un pobre torreón guarda el puerto desde tiempos de Francisco I: allí, un soldado se sublevó contra el rey,

contra la Francia y contra la especie humana, tapió la puerta, y fue sitiado, bloqueado y bombardeado, hasta que después de dos días de combate, murió y la plaza fue tomada por asalto. He aquí la historia de El Havre. El cardenal Richelieu construyó una ciudadela, donde el cardenal Mazarino encerró a algunos príncipes molestos. En cambio están los *docks* que depositan las naves en el centro de la ciudad, monumentos que no recuerdan nada, pero que hacen la riqueza y la fuerza de una nación, dotando de puerto a París, y dejando burladas las tempestades del temido Canal de la Mancha, que andan rondando en torno, como ladrones, aguardándolas que salgan de sus casas para atacarlas. El nombre del primer Cónsul está incrustado humildemente en algún madero; y las naves americanas encerradas en un punto especial, están ahí por sus dimensiones colosales, espantando a los europeos mismos y vomitando de sus entrañas balas de algodón. Los alrededores son bellísimos y la cultura y los árboles de bosques y los aparatos agrícolas y el césped, el arte y las lindas casillas, todo está revelando que se está ya en el mundo antiguo, entre los pueblos cultos, poseedores de todos los poderes que la inteligencia ha puesto en la mano del hombre.

Tengo prisa de seguir adelante, de penetrar en esta tierra que diviso cerrada de masas oscuras de bosque, y pintorreada de alquerías, de *châteaux* y de campos labrados. El “Normandie” que llevó a París las cenizas de Napoleón y que conserva una inscripción, parte, y Tandonnet, el rosista, y yo el salvaje, reunidos y haciendo vida común partimos: él va a servirme de *cicerone*, de introductor a la presencia de su patria.

Un cuadro impresionista

El sol comenzaba a apuntar en el horizonte recortado por colinas verdinegras; seis vapores de carga marchaban delante de nosotros, remolcando cada uno cinco embarcaciones, a guisa de cisnes madres seguidas de sus polluelos; las pesadas barcas del Sena descendían lentamente a merced de la escasa corriente, y a ambos costados de la ribera más o menos definidamente, veíamos aparecer aldeas, capillas con sus agujas de pizarra, bosques y heredades. Una banda de música compuesta de artistas ambulantes animaba con sus ecos melodiosos aquel paisaje en fuga. Era a principios de mayo y la vegetación naciente añadía por la viveza cruda de sus colores nuevos encantos a este país hechizado. Con toda la novedad del viajero novel tenía yo apartado a fin de ocultar a la vista de los otros las emociones de novedad infantil que experimentaba, siguiendo con la vista una casilla campestre, una paisana de la Normandía con su cofia en punta, algún campanario lejano, una cultura de bosque, un grupo de vacas, y lamentando la rapidez del vapor que apenas os permite ver en la próxima ribera un objeto. Apenas se ha encontrado el punto de un paisaje, cuando ya estáis en otro nuevo, y las líneas se han cambiado, o cedido su lugar a otras; bien es verdad que a la larga, siéntese que esta rapidez evita la saciedad, acortando, suprimiendo más bien, los entreactos en aquel bellissimo drama de la naturaleza y del hombre que principia en El Havre, y va a terminar en Ruán. “L’Heure”, “Harfleur”, “Honfleur”, en otro tiempo patria de audaces marineros, “Fronville”, la “Berville” han pasado ya delante de nosotros, cada una contando una histo-

ria, alguna tradición; cada una dejándome alguna sensación agradable, hasta que a poca distancia de la roca de Pierre Gante, la orilla izquierda del Sena forma un promontorio escarpado que parece querer disputar el pasaje al río, y contra el cual vienen a estrellarse los últimos esfuerzos de la barra.

La Edad Media

Al oeste del Cabo, inmenso ramillete de verdura que llaman la Nariz de Tancarville está la aldea de Tancarville. En las inmediaciones de este punto delicioso, no lejos de Quillebeuf, vense sobre la ribera cabañas dispersas, con la gracia pastoril que presentimos en las novelas. En verano vienen de París centenares de artistas a abrir sus caballetes en las alturas, para transportar al papel las campestres vistas de estos parajes. Más arriba, y dominando aldeas y cabañas, se presenta el antiguo castillo de los señores de Tancarville, en otro tiempo chambelanes de los duques de Normandía. Heme aquí pues en plena Edad Media: el castillo flanqueado de torreones y almenado aún, asentado en la punta de una roca como nido de aves de rapiña; abajo el villorrio de los siervos agrupado a tiro de ballesta, como rebaño que se estrecha para ser mejor guardado. Los Tancarville brillaron varios siglos en batallas, fiestas y torneos. Los d'Harcourt, otros barones feudales de la vecindad, se apoderan con las armas en la mano de un molino que aún se enseña, y que fue causa de una batalla dada en Lillebonne entre las gentes de ambas casas, hasta que sir Enguerrand de Marigny, ministro de Felipe el Hermoso vino a citarlos a comparecer ante el rey. De camino el de d'Harcourt cayó sobre Tancarville y le

vació un ojo de un puñetazo con el guante de fierro. Oída por el rey la demanda, se designó el campo y el día en que habían de batirse en duelo. El rey de Inglaterra y el de Navarra presentes al combate pidieron al fin que cesase por no tener el dolor de ver perecer a ninguno de tan valientes caballeros, y el rey para acomodarlos hizo que el de d'Harcourt pagase a Tancarville cincuenta libras por su ojo tuerto.

Primera vista del gótico

A medida que se remonta el río las riberas se acercan, se agrupan las vistas, y las aldeas, y las cabañas; una ruina de este lado, una iglesia del otro, un recuerdo histórico a cada recodo del río, una leyenda a cada cresta de la montaña absorben al viajero, volviendo la vista de la derecha para no dejar escapar el paisaje que va ya a dejar a la izquierda; abandonando con pesar este, vuelta la cara hacia atrás, para llevar los ojos al punto que ya tiene por delante. Con las casas de Vateville se confunden las de una serie de villorrios: Quesnoy, Neuville, La Rue, Le Plessis, L'Angle, que flaquean el río. No lejos aparece Caudebec con su iglesia gótica, cuyos rosetones, santos de piedra, pináculos, ojivas y mil columnillas apenas dejan ver en bosquejo el rápido vapor. Algo hubiera dado porque se detuviese en presencia de esta iglesia, la primera de la maravillosa arquitectura gótica que se me presentaba; y el todo encerrado en el paisaje más admirable, la villa misma colocada de un modo pintoresco, a la sombra de una montaña coronada de bosque, a la embocadura de un vallecito y de un riachuelo que por varios brazos viene a vaciarse en el Sena.

La villa vese con su espaldar de verdura, su torre de

filigrana, sus terraplenes plantados de grandes árboles, y sus casas blancas, cubiertas de flores y enredaderas, reflejanse en el espejo del Sena, hasta el momento en que el vapor pasa, arrugando su superficie, y levantando en pos una marea que va azotándose por malezas y yerbas en ambas márgenes, recargadas de poblaciones, jardines, botes y casas de campo.

Paisaje melancólico

Otro acto de la vida tan dramática de la Edad Media comienza aquí. Las abadías de los antiguos monjes, colocadas en parajes risueños, en sitios privilegiados, van presentando sus ruinas, sus torres, sus pórticos aislados y desiertos, una en pos de otra. ¡Cuánta leyenda, cuántos sucesos terribles, o lastimosos cuentan estas columnas, y aquellas ojivas que dan paso a la luz del sol! ¡De cuántas revoluciones y de cuántos estragos han sido testigos y víctimas! He gozado sin hartarme de las sensaciones melancólicas que inspira el paisaje cuando alguna noble ruina alza su rugosa y descarnada frente, cubierta de yedras seculares que quieren protegerla atando con mil ligaduras sus hondas grietas. En las noches de invierno cuando los últimos suspiros de la brisa de la tarde agitan dulcemente las parásitas, si la luna logra asomar su disco por entre las pálidas nubes, me imagino que la oscuridad que no alcanza a disiparse, deja sospechar formas indecisas, imágenes confusas, fantasmas vaporosos; después la melancólica luz de la luna se refleja en los costados de aquellos arcos abiertos, dando relieve a los bultos de los santos de piedra, a las agujas y florones. El paisano que pasa por las inmediaciones, aprieta el paso repitiendo un *Pater nos-*

ter, temeroso, menos de sentir caer algún fragmento de aquellas piedras que nadie sabe cómo se tienen en el aire, que huyendo de oír los gemidos que otros le han dicho haber sentido salir de las tumbas que por todas partes pisa.

Las ruinas de la abadía de San Vandrille se ocultan detrás de algunas arboledas. En su refectorio y en su claustro de arquitectura gótica, en lugar de las oraciones piadosas de trescientos monjes que en otro tiempo la poblaban, elévanse al cielo bocanadas de humo o de vapor, el incienso de la industria, de las máquinas que hacen mover una filatura de algodón. Sus alrededores estaban antes cubiertos de capillas, calvarios y oratorios que elevaban los peregrinos, atraídos de todas partes por las virtudes milagrosas de una fuente vecina que continúa aún corriendo, y cuyas aguas se venden hoy a medio la cántara; pues que si bien han dejado de hacer milagros, no han perdido su reputación de saludables.

La abadía

Pero si nada se conserva de la iglesia, el viajero queda recompensado en demasía con la vista de la famosa Abadía de Jumièges, célebre en los anales de la historia y de la ciencia, imponente golpe de vista, rico en cavilaciones tristes. Aquellos muros abandonados, guarida hoy de cuervos y de aves nocturnas, encerraban en otro tiempo una corporación inmortal de sabios que trasmitían al través de las generaciones la continuación de estudios de siglos atrás comenzados. De las escuelas de los benedictinos, sus reclusos, salieron aquellos maestros, historiadores, teólogos, que imprimían movimiento a las ideas de aquellos siglos de ignorancia universal, y ya echaban de cuajo la

Europa sobre el Asia para reconquistar el Santo Sepulcro, ya dotaban a la civilización moderna de aquellas pacientes copias y colecciones de autores clásicos, que anudaron al fin el roto hilo de los progresos de la inteligencia humana. Eran los abades de Jumièges, para mayor prestigio de su saber y piedad, soberanos además de todo el país circunvecino. La fundación de esta famosa abadía alcanza a la época misma en que empezó a tomar consistencia de perfección cristiana el espíritu ascético, a los tiempos del rey Dagoberto. Entre sus ruinas se encontraba un sepulcro sobre cuya losa yacían dos jóvenes revestidos de ropas tales. Su túnica inferior, cerrada sobre el pecho con un broche de pedrerías, dejaba su cuello enteramente descubierto, y sus cabellos ensortijados estaban ceñidos en forma de diadema con una faja sembrada de piedras preciosas. Estos eran los enervados de Jumièges, dos hijos de Clovis II, que habiéndose sublevado contra su rey, el padre les cosió las pantorrillas y los arrojó y abandonó en un bote a la corriente del Sena. Los monjes detuvieron el bote y recogieron a los reales desjarretados.

Con la raza siguiente los padres fueron aliados de los reyes, y del seno de su comunidad salieron embajadores para Roma, capellanes para Luis el Debonario, sirviendo el convento mismo de prisión para algunos nobles rebeldes. Los infieles normandos remontaron una vez el Sena, y Jumièges y San Vandrille suministraron abundante botín a la capacidad de aquellos bárbaros, pábulo a las llamas de sus templos y santuarios, y millares de cabezas al filo de sus espadas. Pero los normandos conquistados por el cristianismo pagaron con usura más tarde en donaciones, ofrendas y construcciones nuevas, aquellos estragos causados por sus padres. De este modo la historia de la aba-

día se prolonga durante toda la Edad Media, honrándose con los nombres más gloriosos, sembrada de acontecimientos maravillosos, piadosas leyendas, historias tiernas y candorosas, y sobre todo alimentada con espléndidas donaciones. Léase en una losa sepulcral: “Dama de belleza, de Roqueferrières, d’Isoudun y de Vernon sur Seine, piadosa entre todas las gentes, y que daba abundantemente de sus dineros a las iglesias, y a los pobres, la cual feneció”. Esta dama de beldad tan mano abierta no era otra que la célebre Agnés Sorel, la querida de Carlos VII, cuyos amores encubrió piadosamente la abadía en cuyo seno vivieron algún tiempo aquel rey sin alma y aquella niña que le inspiraba el sentimiento de la gloria, y que le dispensaba favores, en cambio de que armase ejércitos contra los ingleses.

La extremidad oriental no es ahora más que un montón de escombros; en el centro, los restos subsistentes aún de la linterna dejan adivinar las imponentes dimensiones de la torre. El techo de la nave principal como el de las laterales ha desaparecido; y aun aquellas bóvedas mismas, desquiciadas, abiertas en todo su largo engrosarán bien pronto con su caída los montones de ruina acumulados debajo de ellas. Las torres del portal occidental están aún de pie, si no es la techumbre de uno de los campanarios. Al pie de las torres se extienden las murallas sin techo y muchas veces interrumpidas del antiguo monasterio. Detrás está la grande iglesia con sus columnas que no sostienen ya bóvedas, y su larga nave desmantelada del lado del oriente. Al mediodía de esta construcción y en línea paralela, se extienden los muros desmantelados de la iglesia de San Pedro, del largo de la nave de la iglesia principal. Consérvanse restos de los departamentos que ocu-

paban el rey, su querida y sus guardias. Por todas partes de aquéllas bóvedas habitadas hoy por sabandijas, lo pasado se esfuerza en ponerse de pie y presentarse a la vista: por donde quiera se encuentra un recuerdo que hace nacer en el espíritu un pensamiento grave. A través de las hendijas de la piedra, déjanse ver montones de huesos blancos arrancados en otro tiempo acaso para darles más santa sepultura a los carneros del monasterio, catacumba aérea, que el viento dispersa a vuestros pies, y que va rondando con rumor siniestro sobre aquel suelo cubierto ya con hartos escombros.

Roberto el Diablo o don Juan

Aún no acaba uno de oír o de leer lo que a la famosa abadía pertenece, cuando el presuroso vapor ha quitado de la vista aquel cartón admirable del panorama para presentar otro no menos bello, no menos fecundo en reflexiones y en recuerdos fabulosos. No sé si hay en la tierra algo más bello, más romancesco, más poético, que este pedazo del Sena que media entre El Havre y Ruán; pero si lo hay aun, el límite de lo bello en la naturaleza y en el arte debe ser entonces indefinido. ¿Quién no ha oído en América hablar de las maravillas de la ópera de *Roberto el Diablo*, de Meyerbeer? ¿Quién no conoce este cuento del calavera que vende su alma a Satanás, por apurar en dos años la copa del placer; cuento que no pertenece a este o al otro país, sino al viejo cristianismo, a las creencias populares, y que cada nación reviste a su modo, según la idea que del mal tiene? Roberto el Diablo en Francia, se llama Fausto en Alemania, don Juan en España; el pueblo hace el cuento y el poeta lo recarga y embellece. Nuestro don Juan es la última

expresión de lo malo, según el sentir español; no cree en nada, no tiene miedo a los difuntos; se le ríe en sus hocicos a la estatua del Comendador, a quien había muerto, y que viene invitada por él a cenar en su compañía; el pueblo en Italia tiene otro don Juan más terrible, Nerón, que servía veneno en copas de oro a sus amigos, en un festín, para gozarse en su sorpresa, al recibir la orden de morir. Roberto el Diablo es como don Juan, el terror de los maridos, el favorito de las guasitas lindas de los alrededores de su castillo. La posición de estas ruinas, porque en esta parte del viaje aparece el castillo de Roberto el Diablo, justifica la tradición. Sobre una colina cónica aislada, están aún de pie algunos cuerpos de torres, bastiones y edificios, que muestran la fuerza inexpugnable de la guarida. En la base del montículo hay una caverna excavada en el corazón de la montaña, y que va hasta el interior de las ruinas; por ahí, dizque salía Roberto el Diablo a caza de mujeres, y por aquel antro las introducía. Allí están enterradas sus queridas; allí hizo penitencia en sus últimos días, porque Roberto el Diablo se salvó de las garras de Lucifer. Entre los matorrales, yerbas y arbustos que cubren la montaña maldita crece la yerba que extravía, y el viajero que por descuido la pisa, no vuelve a encontrar su camino aunque marche toda la noche. ¡Cuántas muchachas de las vecindades han pisado esta fatal yerba! ¡Imposible volver a su casa el siguiente día! Una vieja crónica cuenta que Roberto, hijo de un gobernador de Neustria en tiempos de Pepino, mató a su maestro de una puñalada; más tarde se presentó en la vecindad de Ruán en un monasterio, hizo reunir a la comunidad, escogió la monjita más salada y se la llevó al bosque.

Antes de pasar la montaña vese la selva de Manuy y un viejo castillo sobre una roca. El prior de la abadía veci-

na de San Jorge, pasaba el río a nado para regocijarse con la castellana que había sido su prometida; un día sorprendiólo el barón, y, para qué es decirlo, lo mató. Los monjes hasta la Revolución Francesa celebraban cada año oficios expiatorios por el alma del prior muerto sin haber tenido tiempo de arrepentirse. Porque en todas estas tradiciones de la Edad Media entran siempre como personajes obligados barones, monjes, reyes, queridas y abades, única parte viva de la sociedad de entonces; lo demás, el pueblo, es ripio con que se rellena el edificio social; y al leer una de aquellas antiguas leyendas o al registrar las crónicas de la época vese que el pueblo, el autor, y los personajes mismos, no hacen diferencia entre el monje y el barón para cometer delitos, derramar sangre y saquear pueblos; todos son iguales ante la ley de la época, la violencia y la inmoralidad, bien que sea de entre esta masa de donde hayan subido los santos a los altares, acaso por la admiración que causaba ver a un hombre que no fuese un solemne malvado.

Ruán

Si alguna vez viene usted a Francia, desembarque en El Havre y no en Burdeos. Por aquí va el camino de su historia para llegar a París. Aquí se encuentra todo su pasado, los señores normandos y los ingleses, las tradiciones y las batallas, la Edad Media con sus conventos, sus agujas y sus castillos; y para el americano, poco conocedor al principio, conviene que se le presenten en grandes masas los objetos para que hieran hondamente su imaginación. He descrito ya lo más notable del bellissimo río, y me tiene usted en Ruán, en medio del conjunto de monumentos góticos más nobles que ostenta ciudad alguna de Eu-

ropa. Los siglos se han parado sobre esta ciudad, y del quince acá, nada de notable hay moderno. Las masas de techumbres de pizarra aumentan la oscuridad de las calles estrechas, flanqueadas de edificios parduscos, dominadas por iglesias, conventos, catedrales, cuyas agujas se desprenden en el aire, como si los edificios de cuatro o seis pisos que la circundan fueran matorrales al pie de añosos cipreses. He recorrido la ciudad y alrededores, escalado las torres de Saint-Ouen y de la Catedral, tocado con mis manos esta piedra tallada, calada, vaporizada como piezas chinescas, de ajedrez, para convencerme de que tantas maravillas son obras humanas. Sería en vano que tratase de darle detalles de una arquitectura que ella toda se compone de detalles, bien que allá, donde este género no alcanzó, interesarían más que otros que prodigo sin temor de cansar. Pero ¿qué decirle de estas murallas caladas y cubiertas de vidrios de colores, en los cuales están pintadas la vida de los santos, cuyos ropajes colorados o azules dejan pasar al interior de la iglesia los rayos del sol teñidos de todos los colores del iris, bañando en seguida las naves, el pavimento con esta luz extraña, esmaltada, fantástica, dando visos sobrenaturales a las estatuas de santos de escultura rara? Lea un libro, alguna descripción de esta clase de combinaciones; tome usted el caleidoscopio, y hallará allí uno de estos rosetones que decoran las fachadas de las antiguas catedrales, en lo que cifraban su gloria los maestros, tanto que en Saint-Quen el que hacía el rosetón de la fachada principal, clavó el puñal en el corazón al discípulo que hacía en una fachada lateral otro que el maestro encontró fatal para su reputación. Suba usted a los Andes, y aquellos numerosos penitentes que forma en la nieve la desigual acción del vien-

to, no le darán idea de esta muchedumbre de pináculos, agujas y torrecillas que decoran, erizan, los edificios desde su base, cada uno de ellos con remate diverso, cada uno en Saint-Ouen rematado en una estatuita de fraile, con todas las actitudes imaginables.

El mundo de la Catedral

Si quiere darse idea de la forma de las goteras, que en ángulo obtuso contrastan con los pináculos, cierre los ojos y cree monstruos de todas las formas, perros, serpientes, monos, sapos, lagartos, frailes que se roban mujeres, mujeres que vomitan demonios, demonios que se llevan almas, sátiros peleando o que hacen cosas peores, abortos de la imaginación, cosas sin nombre, pero todos con formas caprichosas, absurdas, fantásticas, imposibles. La ley de esta arquitectura es clara a mi pobre modo de entender: sobreponerse a la materia, espiritualizarla, darle vida, presentar un drama infinito sin que el espectador descubra la maquinaria, algo del espíritu cabalístico de la época; el arquitecto ha querido pasar en las edades futuras por nigromántico; presentando de pie, después de siglos, enormes moles de piedras diáfanas, sosteniendo sobre sus murallas de vidrios pintados, techumbres de plomo, apuntaladas sobre hacecillos de columnas como manojos de varillas. Si hay dos torres, la una acaba en punta, la otra en una corona regia de piedra calada; la una es alta y la otra baja; hay un pórtico al frente y otro al costado que es a veces más lujoso que aquél; las agujas se elevan al cielo sobre bases frágiles que se están meciendo como álamos con el viento; un torreoncillo sube por un costado pegándose al edificio como la yedra, compañera

inseparable del monumento gótico; otro torreón por el lado opuesto termina en un segundo cuerpo; un tercero u otra invención absurda, sin plan, sin correspondencia, le arri-ma su hombro a la base. Caprichos fantásticos, dice uno a primera vista; pero observando con ojo atento, vese que aquellos torreoncitos son los sustentáculos de aquella espuma pétreo que afecta formar el cuerpo del edificio; los hacecillos aparentes son en realidad enormes masas de piedra, correspondientes a la mole que sustentan. Tanta li-gereza, tanta riqueza de detalles, tanto arte y tanta ciencia encapotada, dan a esta arquitectura el mérito sorprenden-te, maravilloso que Víctor Hugo reveló a la Europa entera, asombrada de poseer una epopeya en lo que hasta enton-ces había creído una pueril rapsodia: ser la última expre-sión del arte humano, en lo que pasaba plaza de ensayos de la imaginación de pueblos semibárbaros.

Cuán boquiabiertos y estupefactos se quedaron los sabios, cuando en nombre de la Edad Media les dijo Víc-tor Hugo, ¡bárbaros! Y sin embargo, jamás se obró revolu-ción en el espíritu humano más rápida, más pronta que la que produjo *Nôtre-Dame* en 1831. En el acto los arquitec-tos corrieron a tapar los estragos que su ciencia había he-cho, y desde entonces la Europa entera se ha ocupado de limpiar aquellas joyas enmohecidas por el orín de los si-glos, profanadas por la imitación romana; y las rentas de las iglesias y las del Estado no bastan para reparar las inju-rias, completar lo inacabado, y borrar, si es posible, el bal-dón que sobre la ciencia y el arte moderno había caído. En este momento se repara el *Hôtel de Ville* de Ruán, imitan-do un costado para reedificar el otro, y en Saint-Ouen y en la Catedral hay trabajos permanentes, como en París los hay en la Santa Capilla que se hace restaurar con la pa-

ciencia que demandan sus pinturas microscópicas.

Estas alucinaciones no carecen sin embargo de ejemplos más altos. ¿No se moría de fastidio Buffon al oír a Saint-Pierre leer su *Pablo y Virginia*? ¿No han dado coces los españoles, Martínez de la Rosa el primero, contra la rehabilitación del arte romántico, ellos a quienes esta resurrección de Lope de Vega y de Calderón les venía a dar papel en la historia de la inteligencia humana, en que ni antes ni después tomaron parte? ¿Pueden llamarse clásicos los que no han estudiado nunca el griego?

La Francia clásica

La literatura francesa se ha enriquecido y completado con aquellas audaces excursiones hechas en la Edad Media, estudiando sus costumbres, sus monumentos, sus creencias y sus ideas. Nación moderna alguna había penetrado más hondamente en el espíritu de la Grecia y de Roma. A Esquilo, Sófocles y Eurípides le siguen inmediatamente Corneille, Racine, Voltaire; a Esopo y Fedro, Lafontaine; a Terencio, Molière; a Horacio y Quintiliano, Boileau y La Harpe; a la república romana, la república francesa de 1793, que plagiaba hasta los nombres, llamándose Arístides, Brutus, Gracos, los Saint Just, los Collot d'Herbois y los Danton. Los Moratines no figuran en aquel plagiado sino como el trapero figura en la fabricación de papel, recogiendo la materia que otros han producido.

La revolución

Siguiendo esta ancha huella, la Francia había además desarrollado en el siglo XVIII, la lógica del espíritu huma-

no, deprimiendo todas las otras cualidades, Rousseau, Montesquieu, Diderot, aquellos grandes retóricos enseñaron a creer que no había otro Dios sino Dios, y la razón, la lógica que era su profeta; y el mundo entero puso mano a la construcción de la Torre de Babel que debía salvar al género humano de la arbitrariedad en gobierno, de la superstición en religión. La obra se levantó, en efecto, hacia 1793, en que sobreviniendo la confusión de las lenguas, la guillotina funcionó en nombre de la humanidad, en nombre de la libertad el terror, y la diosa Razón desnichó a la Virgen María. Napoleón vino, el enemigo de los ideólogos, y por el rastro de sus victorias la barbarie y el despotismo de la Rusia penetró en París, deponiendo como sedimento de su irrupción a los Borbones, con sus nobles famélicos, sus jesuitas, y su derecho divino, y todos los absurdos que la inteligencia había pretendido extirpar.

Los románticos

Entonces comienza un movimiento en la literatura y en la filosofía francesa que dura aún. ¡No era, pues, la lógica, tan segura guía para la humanidad como lo había prometido el siglo XVIII! Había que reconstruir desde la base el edificio social, y los escritores empezaron a examinar las piedras del antiguo edificio feudal, que había desparramado la Revolución. Chateaubriand se encargó de restaurar el cristianismo, Lamartine de encender el apagado sentimiento religioso, Víctor Hugo de levantar las catedrales góticas y mostrar su importancia artística. Michelet y Thierry reconstruyen la historia para dar otro significado a la feudalidad, a Gregorio VII, a los conventos, a la inquisición, atenuados, perdonados, discul-

pados, defendidos. A los desencantados que buscaban la verdad de buena fe se siguieron los pensadores pagados, de *par le Roi*.

La restauración

La monarquía feudal no podía vivir sin la rehabilitación de todas las creencias y hechos que la habían engendrado. El rey *legítimo* por los cosacos debía ser santificado por su origen divino, y puesto fuera del alcance del látigo de las revoluciones. Todo marchaba a las mil maravillas, hasta el momento en que por sustituir la espuria libertad de imprenta, por la paternal censura de la Sorbona, vióse bambolear el edificio, y en tres días desplomarse Luis Felipe. A los Borbones legítimos por derecho divino, sucedió Luis Felipe, el ciudadano rey, el rey ciudadano, la mejor de las *repúblicas* del cándido Lafayette, ¡si la república fuese posible! Pero la república es la guillotina, el terror, el 93, y un monarca constitucional vale tanto como una República; una carta *verdad*, lo allana todo. La obra *oficial* de reconstruir lo pasado continúa entonces con nuevo afán. La filosofía se vuelve ecléctica como el gobierno, escéptica de otro modo que en el siglo XVIII. Entonces no creía sino en lo que hasta el absurdo puede ser bueno, según la época y el lugar. No hay principios, no hay leyes que guíen los destinos de las naciones. Los pueblos que gimen bajo el despotismo están bien, los que han logrado asegurarse algunas libertades están mucho mejor. Luis Felipe entre tanto, sostiene para su coleteo que la obra de los Borbones no era mala en sí, sino que no supieron hacerla: el sacarle la espina al león, requiere más maña que fuerza; y he aquí a la Francia en plena restauración. Por-

que nadie se ha engañado sobre el alcance de esta palabra. Se restaura el mundo destruido; restaurador se llama a don Juan Manuel de Rosas, restauradores son todos los astutos que ocultan su obra. Ya la Francia tiene sus leyes de setiembre que han ido más allá de dónde había querido llegar Carlos X, y que le costaron el trono.

Engaños americanos

Ver de cerca esta grande obra es lo que más me arrastra a París; ahí está la piedra angular, el modelo de todos los bastardos edificios que se están levantando en América. Rosas *restaurador*; Oribe presidente legal; Santa Cruz *protector*; Flores parodia del *Libertador*. ¡Ay de la república en América si las ideas en Francia no se echan en otro molde! A usted ni a mí nos quedará un palmo de la tierra americana para pararnos, si no nos prostituimos ante las restauraciones político-religiosas, bárbaro-feudales, hispano-coloniales que están en germen por todas partes. Este trabajo no se hace, sin embargo, sin que la razón pisoteada no se queje de cuando en cuando. Hemos leído usted y yo, la *Revista enciclopédica* sofocada en su origen: la *Enciclopedia nueva*, la *Historia de los diez años*, el *Timón*, y han quedado entre los instrumentos que sirvieron para zapar la obra borbónica, las canciones de Béranger, los panfletos de P.L. Courier, cuyos filos aunque tomados de orín, no están embotados. Acaba de darse una batalla al jesuitismo, y a despecho de Montalembert y de los hijos de los cruzados y de la Vendée, ha sido derrotado y expulsado. Una vieja piedra menos. La lógica no lo ha perdido todo; le quedan los libros y la educación. Y usted recordará el capítulo de Víctor Hugo titulado: “Esto ha de

matar a aquello”.

Quiero despedirme de Ruán, tengo tomado asiento en el ferrocarril y me estoy comiendo por verme lanzado en aquel torbellino de fuego, de humo y de ruedas que se traga las leguas en un santiamén. Por lo menos no es el eclecticismo el que ha dotado al hombre con este medio de locomoción. Una cosa hay en Ruán todavía, una tradición popular, un hecho histórico fabuloso sin ser falso. Aquí está la plaza en que fue quemada viva por la inquisición la Doncella de Orléans, aquella extraordinaria pastora que se sintió un día invenciblemente arrastrada a acercarse al rey que no conocía, pedirle el ejército, mandarlo, derrotar a los ingleses, coronar al rey y retirarse en seguida a pastorear sus vacas. Si la iglesia la hubiese hecho una santa, yo no buscaría el origen de aquella sublime fascinación del espíritu de una mujer, aquella transustanciación que hace de una niña un general, absorbiendo el pensamiento, el interés y la gloria perdida de la Francia. Habría sido un milagro entonces; pero la iglesia ha repudiado a la Doncella de Orléans, por no reconocerla mártir de obispos y de abades. Quédanos pues el derecho a salvo de mirar este raro hecho con los ojos de la filosofía, y buscar su origen en los poderes sobrenaturales que el entusiasmo da al alma humana cuando una profunda idea la labra. Más bella es así la obra de Dios, que con la cuña de milagros y portentos que mostrarían mayor limitación de poder².

Esta es la patria de Corneille y de Boieldieu, de nuestro querido Armand Carrel, el Mirabeau del diarismo, que murió cuando había encontrado que la república era

2. Juana de Arco no sería canonizada sino setenta y tres años después del viaje de Sarmiento, en 1919 (N.del E.).

todavía posible.

En la orilla del Sena al costado del puente se levanta una casilla monumental, en cuyo frontispicio se lee esta inscripción:

A Luis Brune

La ciudad de Ruán

¿Creerá usted que Luis Brune es algún gran artista de que la ciudad gótica se honra, algún inventor de máquinas para la fabricación de las *ruanerías*, aquellos productos, variados al infinito del sencillo tejido de la calceta que heredó de sus antepasados la Normandía, industriosa como ninguna provincia de Francia? Luis Brune era una especie de perro de Terranova que pasó su vida rondando las orillas del profundo río, escuchando donde el agua dejaba escapar un sonido, anuncio de que un cuerpo había caído en ella. Luis Brune había salvado de ahogarse una a una, sesenta personas; mujeres infelices destrozado el corazón, padres de familia desesperados, niños traviesos, trabajadores endomingados, criminales que se suicidaban, todos han tenido que volver a anudar el que ya habían creído roto hilo de la vida, porque Luis Brune no permitía a nadie ahogarse mientras él existiese.

Ahora, a París, mi amigo.

Desde París

Lo veo a usted³, lo palpo, creciendo en corpulencia y en bonhomía, ministro *fainéant*, abogado en feriado per-

3. Esta segunda parte del viaje es una carta dirigida a Antonio Aberastain, fechada en París el 4 de septiembre de 1846 (N. del E.).

manente, aburrido, deseando hacer, sin poder bullirse, por los achaques de cuerpo, y yo añado de espíritu de su patrón. A propósito: he visto aquí a su gobernador de Salta, de quien usted era digno ministro también. ¡Qué bonito, que rubenguito mozo! Lo conocí de un modo raro. Hablaba yo de la manía de los pueblos argentinos cuando la insurrección general de 1840, de poner viejos, doctores, gente de probidad y de respeto a la cabeza de los gobiernos: un Fragueiro en Córdoba, un Garmendia en Tucumán, excelentes sujetos, hombres de orden; ¡así salió ello! Su hombre de usted estaba tragando salida, y no sabía yo a qué atribuirlo, cuando me observó que él había sucedido a Otero en el mando en Salta, y que el doctor Aberastain era su ministro, hombre de probidad, doctor, etc. Yo no sabiendo por donde salir del apuro, le dije para distraerlo ¿quiere usted que vayamos al baile de Mabille? Esta diversión restableció la buena armonía entre nosotros y *bras dessous, bras dessus*, nos encaminamos al baile de Mabille, que de tantas preocupaciones distrae a las gentes de buena voluntad.

Se toma usted extrañas libertades al escribirme; abusa usted de sus títulos de mentor de mi primera juventud, aquel buen tiempo en que usted me cubría con su mole y su prestigio de supremo juez de alzada, contra mis compatriotas, que no habrían consentido, sin la aseveración reiterada de usted, en creerme dotado de sentido común.

Pero aquel auxilio tan constante, aquella decisión invariable en mi favor, para sostenerme en mis primeros pasos literarios, no lo autorizan a usted a decirme que mi carta sobre la *Isla de Más-a-Fuera* no vale gran cosa, y que en adelante escriba sobre cosas útiles, prácticas, aplicables a la América, so pretexto de que un hombre

entre nosotros debe ser teórico y práctico, repicar y andar en la procesión. ¡Cómo! ¿A mí se dirigen estos consejos? ¿Era usted, por ventura, quien en San Juan, construía máscaras en carnaval, fundaba en mala hora colegios, y creaba *Zonda*, aquel diario indigno, que los patriotas pisoteaban por las injurias que hacía al decoro, al honor y a la fama de la provincia en “el Universo y en otros lugares”? ¿Era usted, doctor, el que iba a la cárcel antes de pagar los doce pesos que el Podestá nos cobraba *inconstitucionalmente* por el 6º número, para ultimarlos, como lo consiguió? ¿Quiere usted hombre más práctico doctor? ¡A mí hombre teórico! ¡A mí que no pido como Arquímedes, sino un punto de apoyo para poner mi patria o la de otros, patas arriba, porque no soy difícil en punto a la propiedad y pertenencia de las patrias! Su celo que agradezco, doctor, le extravía esta vez. Lea con atención lo que le escribo sobre este París encantado.

Sue no está aquí

Desde luego, si ve usted a mis amigas en Santiago, dígalas de mi parte que no está aquí en este momento Eugenio Sue; pero que me lo han mostrado al rengo Tortillard; ya está hombre, hecho y derecho, siempre cojo, y malo como siempre. Brazorojo se ha hecho honrado con su contacto con la policía, y la Rigoleta goza de una grande reputación en el baile Mabelle. ¡Otras pérdidas mayores aún tenemos que deplorar! No hay ya ni aquellas pocilgas y vericuetos donde los *Misterios* comienzan. Se ha abierto por medio de la Cité, una magnífica calle que atraviesa desde el Palacio de Justicia hasta la plaza de Nuestra Señora, iluminada a gas, y bordada de estas tiendas de París, en-

vueltas en cristales como gasas transparentes, graciosas y coquetas como una novia. En vano preguntará usted dónde fueron los primeros puñetazos del Churriador con Rodolfo, dónde vendía sus fritangas la Pegriote, estas pobres gentes, ¡oh dolor! no saben nada.

El paseante ocioso

El español no tiene una palabra para indicar aquel *far niente* de los italianos, el *flâner* de los franceses, porque son uno y otro su estado normal. En París esta existencia, esta beatitud del alma se llama *flâner*. *Flâner*, no es como *flairer*, ocupación del ujier que persigue a un deudor. El *flâneur* persigue también una cosa, que él mismo no sabe lo que es; busca, mira, examina, pasa adelante, va dulcemente, hace rodeos, marcha, y llega al fin... a veces a orillas del Sena, al bulevar otras, o al París Royal con más frecuencia. *Flanear* es un arte que todos los parisienses poseen en todos sus detalles; y, sin embargo, el extranjero principia el rudo aprendizaje de la encantada vida de París por ensayar sus dedos torpes en ese instrumento de que sólo aquellos insignes artistas arrancan inagotables armonías.

El hervidero de la ciudad

El pobre recién venido, habituado a la quietud de las calles de sus ciudades americanas, anda aquí los primeros días con el Jesús en la boca, corriendo a cada paso riesgo de ser aplastado por uno de los mil carruajes que pasan como exhalaciones, por delante, por detrás, por los costados. Oye un ruido en pos de sí, y echa a correr, seguro de echarse sobre un ómnibus que le sale al encuentro;

escapa de éste y se estrellará contra un fiacre si el cochero no lograra apenas detener sus apestados caballos por temor de pagar dos mil francos que vale cada individuo reventado en París. El parisiense marcha impasible en medio de este hervidero de carruajes que hacen el ruido de una cascada; mide las distancias con el oído, y tan certero es su tino, que se para instantáneamente a una pulgada del vuelo de la rueda que va a pasar, y continúa su marcha sin mirar nunca de costado, sin perder un segundo de tiempo.

Por primera vez en mi vida he gozado de aquella dicha inefable, de que sólo se ven muestras en la radiante y franca fisonomía de los niños. *Je flâne*, yo ando como un espíritu, como un elemento, como un cuerpo sin alma en esta soledad de París. Ando lelo; pareceme que no camino, que no voy sino que me dejo ir, que floto sobre el asfalto de las aceras de los bulevares. Sólo aquí puede un hombre ingenuo pararse y abrir un palmo de boca contemplando la Casa Dorada, los Baños Chinescos, o el Café Cardinal. Sólo aquí puedo a mis anchas extasiarme ante las litografías, grabados, libros y monadas expuestas a la calle en un almacén; recorrerlas una a una, conocerlas desde lejos, irme, volver al otro día para saludar la otra estampita que acaba de aparecer. Conozco ya todos los talleres de artistas de bulevar; la casa de Aubert en la plaza de la Bolsa, donde hay exhibición permanente de caricaturas; todos los pasajes donde se venden esos *petits riens* que hacen la gloria de las artes parisienses. Y luego las estatuitas de Susse y bronce por doquier, y los almacenes de *nouveautés*, entre ellos uno que acaba de abrirse en la calle Vivienne, con doscientos dependientes para el despacho, y dos mil picos de gas para la iluminación.

Por otra parte, es cosa tan santa y respetable en París

el *flâner*; es ésta una función tan privilegiada, que nadie osa interrumpir a otro. El *flâneur* tiene derecho de meter sus narices por todas partes. El propietario lo conoce en su mirar medio estúpido, en su sonrisa en la que se burla de él, y disculpa su propia temeridad al mismo tiempo. Si Ud. se para delante de una grieta de la muralla y la mira con atención no falta un aficionado que se detiene a ver qué está usted mirando; sobreviene un tercero, y si hay ocho reunidos, todos los pasantes se detienen, hay obstrucción en la calle, *atropamiento*. ¿Este es, en efecto, el pueblo que ha hecho las revoluciones de 1789 y 1830? ¡Imposible! Y, sin embargo, ello es real: hago todas las tardes sucesivamente dos, tres grupos para asegurarme de que esto es constante, invariable, característico, maquinal en el parisiense.

En otro signo, he reconocido el pueblo de las grandes cosas, el brazo de hierro de las ideas. Aquel francés terror de la Europa en los campos de batalla, aquel autor y actor de las grandes revoluciones sociales que echa a rodar tronos cada diez años, es el hombre más blando, más atento, más comedido. El pueblo de blusa, como si dijéramos de poncho, el peón y el diputado son iguales en sus expresiones de comedimento. *Ayez la complaisance... Soyez assez bon pour...* cien frases más como estas comienzan o concluyen una pregunta dirigida a otro. *S'il vous plaît* está por todas partes escrito para indicar la cuerda de una campanilla, el resorte que ha de tirarse. *Je vous demande bien pardon*, es el reproche que le hace a Ud. aquel a quien por inadvertencia ha pisado un pie, codeado fuertemente, o perturbado en su ocupación.

Benevolencia parisina

El pueblo de París tiene la religión de la *adresse*. Si el extranjero pide la dirección de una calle, una casa que busca, un *forçat*, un bandido que en otra circunstancia lo despojaría, en ésta se cree en conciencia obligado a decir lo que el pasante necesita, a interrumpir su camino. Por la incertidumbre de las miradas reconoce alguno al extranjero, y se le acerca y le ofrece darle las señas que busca. Me ha sucedido ser así adivinado; echarme en la dirección indicada, perderme de nuevo, encontrar a mi hombre que me ha seguido, y dándome de nuevo las señas, perderme por tercera vez, y mi ángel tutelar volver por tercera vez a encaminarme. Y esto le ha pasado cien veces a todo extranjero, y es fama y opinión común que sólo en Francia y sobre todo en París, se encuentra esta benevolencia pública, esta bondad fraternal. Sólo en París también, el extranjero es el dueño, el tirano de la ciudad. Museos, galerías, palacios, monumentos, todo está abierto para él, menos para el parisiense, a toda hora y en todos los días. Mostrar su pasaporte a la puerta es mostrar una firma ante la cual se quita el sombrero el conserje. Diga usted el mayor desatino, *poisson*, por *poison*, *veau* por *beau*, y ningún músculo de la fisonomía de un francés se agitará, porque el extranjero no está obligado a hablar bien su idioma; y no ha mucho que uno de mis amigos, molesto en un lugar siniestro por una turba de ebrios en andrajos. ¡Cómo! les dijo apurado, ¿esto se hace con un extranjero en París? ¡Infames! Los beodos al oír la palabra *extranjero* empezaron a deshacerse en sus excusas y protestas, le acompañaron en silencio hasta mejores parajes,

y se despidieron confundidos y humillados. Yo sabía, me decía, que ésta era mi única tabla de salvación; haga Ud. lo que quiera en París, y diga que es extranjero. En efecto, de palco en palco, y hablando perversamente el francés, logré, no ha mucho, en una gran revista que se daba a Ibrahim Pachá en el Campo de Marte, acercarme hasta el que ocupaba la familia real. *Mais où allez-vous, Monsieur?* me decían los guardias; yo respondía en castellano puro con calor, con energía, y el pobre municipal me dejaba pasar, sospechando que algo de muy racional debía decir puesto que él no entendía ni jota. He aquí, la piedra de toque de la cultura intelectual de una nación, aunque no sea la de la instrucción del individuo.

El pandemónium

Acaso no acierte a darle a Ud. una idea de París tal que pueda presentárselo al espíritu, tocarlo, sentirlo bullir, hormiguar. Haría si lo intentara muy huecas frases, llenaría páginas de descripción insípida, y Ud. no estaría más avanzado por eso. París es un pandemónium, un camaleón, un prisma. ¿Es Ud. sabio? Entonces París tiene sus colecciones, sus archivos, su génesis encerrado en el Jardín de las Plantas, desde el primer molusco que sin sentirlo él dejó ver el primer rudimento de vida, desde el primer lagarto de los que poblaron durante millares de siglos la tierra, llamándose con insolencia los señores de la creación, hasta el último cuadrúpedo en que la vida se ensayaba antes de la aparición del hombre. Ahí están petrificados todos nuestros antecesores; ahí hay pedazos de todos los mundos pasados, rastros de los animales antidiluvianos que de creación en creación pueden llamarnos a no

sotros sus tataranietos. ¿Es Ud. astrónomo? Arago está montando un telescopio que acercará la luna a seis leguas de París; y un tal Leverrier, que era ayer empleado en los ferrocarriles, anda persiguiendo en los espacios celestes, y llamando a todos los astrónomos que se aposten en tales y cuales lugares que él señala para cogerlo al paso a un planeta que él dice que hay en el cielo, porque debe haberlo por requerirlo así una demostración de las matemáticas. Humboldt acaba de escribir el credo de las ciencias naturales, dejando que cada cual levante su culto sobre aquella base de dogmas.

Si en lugar de antigüedades de la tierra busca Ud. las de las sociedades humanas, en este momento están poniéndose en orden los bajorrelieves y los fragmentos de palacios arrancados a Nínive que acaban de desenterrar en las llanuras del Tigris, mientras que otros se despestañan por leer las escrituras grabadas en los ladrillos de la Torre de Babel, que se están trayendo para colocarlos al lado de los sarcófagos egipcios, de los cartuchos, que muestran por fechas, por cifras duras, de granito, que no se doblegan a interpretación humana, que hay veinte siglos más que añadir a la historia de la civilización del hombre.

¿Es usted literato? Entonces consagre un año a leer lo que publican cada día esa turba de romancistas, poetas, dramatas, que tienen en agitación los espíritus, que hacen de París una sociedad pueril, oyendo con la boca abierta a esa multitud de contadores de cuentos para entretener a los niños, Dumas, Balzac, Sue, Scribe, Soulié, Paul Féval, que os hacen llorar y reír, que inventan mundos y pasiones extrañas, absurdas, imposibles para entretener a este pueblo fatigado sin hartarse de sentir emociones, de hacerse pinchar los nervios con descripciones atroces, te-

rribles, irritantes.

Los pintores

¿Es usted artista? Aun dura la exposición del Louvre de 1846. Dos mil cuatrocientos objetos de arte, cuadros, estatuas, grabados, jarrones, tapices de Gobelín, que ocupan legua y media en los salones del Louvre. Allí están los productos de la pintura religiosa que va a buscar sus asuntos en las tradiciones de la Edad Media, al lado de *La batalla de Isly*, inmenso lienzo de Horacio Vernet, que ha transportado a París un pedazo de África con su cielo tostado, sus camellos, su atmósfera polvorosa, sus árabes indómitos ya domados. Detrás de cada cuadro hay un nombre, una escuela, una historia, un taller, un artista que ha pasado por todas las angustias, todas las miserias, todos los desencantos, y que con la paleta en la mano, y apartando el pensamiento del suicidio que rueda, susurra y volteja en torno suyo, ha llegado al fin a la puerta del Louvre, y permitiéndosele colgar en sus murallas el cuadro que ha de servir de enseña para trabajar su gloria y su fortuna de artista.

La política

¿Gústale los sistemas políticos? ¡Oh! no entre Ud. en ese dédalo de teorías, de principios y de cuestiones. Una cosa hay extraña, en despecho de la aparente calma de esta ciudad enferma de fiebre cerebral. Diría Ud. que el mundo político está por acabarse; todos los signos son

de un cataclismo universal.

Efervescencia intelectual

Los hombres andan afanados registrando la historia de los tiempos pasados, compulsando las fechas, corrigiendo los errores, reproduciendo libros olvidados, tomando un camino y dejándolo al día siguiente para echarse en otro. Nadie es hoy lo que ayer era. Michelet está borrando apresurado las páginas de historia que había escrito Chateaubriand en sus ochenta años, llama a Béranger el único sabio y el único filósofo conocido, mientras que el *bonhomme* se ríe de todas las instituciones, de reyes y de oráculos. El socialismo cunde, y las novelas de Sue y los dramas lo predicán, lo exponen en perspectiva. Lamennais continúa alejándose de su punto de partida, y en medio de la gendarmería de las ideas dominantes, oficiales, moderadas, ve Ud. moverse figuras nuevas, desconocidas, pensamientos que tienen el aspecto de bandidos, escapados al presidio en que los han confundido con los criminales de hecho, ellos que no son más que revolucionarios. Una fisonomía del pensamiento francés ha desaparecido, no obstante ser ella la que pretendía amalgamar esta variedad de opiniones y de creencias contradictorias, el eclecticismo, que había hecho un mosaico de los sistemas, engañándose con la armonía del conjunto. Ha muerto de muerte natural, como todas las cosas caducas, que no están fundadas en la verdad. ¡Cuánto estudio y cuánta penetración necesita el viajero para entender su París por este lado! Yo desespero, y sin embargo, empiezo a tener barruntos, a sentir que la lógica late en mi espíritu; me parece que veo de cuando en cuando señales, columnas miliarias, linderos que muestran el camino que ha de seguirse en este laberinto. Déjeme tiem-

po, y yo he de sentir alguna vez que la convicción viene formándose, fortificándose, endureciéndose, como aquellas rocas que se ve que han sido al principio capas de arena movediza acumuladas por las aguas y removidas por los vientos.

Desde El Havre había hecho vida común con un excelente francés, gran conocedor de su París, y deseoso de mostrármelo en toda su gloria. No bien hubimos llegado, llevóme a los *Frères Provençaux*, donde cenamos ambos por 60 francos; al día siguiente por 30 almorzamos en el Café de París; en un *restaurant* comimos por 10; en un Pasaje al día siguiente fuimos a almorzar por 3, y a comer por 32 sueldos al Pasaje Choiseull; últimamente a una abominable pocilga detrás de la Magdalena, decorada con el nombre de Hotel Inglés, donde se sirve carne cruda de procedencia más que sospechosa, porotos duros, y cerveza infame, todo por un franco para regalo de los que quieren salvar el honor de la bolsa, afectando anglomanía. Había, pues, en tres días, recorrido los siete escalones de la vida parisiense, y conocido el camino que va de la opulencia a la escasez, haciéndome mi mentor este curso, para precaverme de todo accidente: *Là-dessus*, podía permanecer tranquilo: en una crisis financiera, conocía ya el camino del *soi-disant* Hotel Inglés.

El folletín

El *folletín* es como Ud. sabe la filosofía de la época aplicada a la vida, el tirano de las conciencias, el regulador de las aspiraciones humanas. Un buen *folletín* puede decidir de los destinos del mundo dando una nueva dirección a los espíritus. León Gozlan ha publicado uno en estos

días, que para mí vale más que el Tratado Mackau. París, la ciudad de todos los goces, que ha inventado el Hipódromo, el *réclame*, la carta *verdad*, con sus veinte teatros, sus jardines, *restaurants*, asfaltos, museos, y cursos públicos de enseñanza, carece, sin embargo, de ciertas comodidades, de que por más tiempo no puede sin mengua privarse la ciudad cosmopolita. Por menos de nada véndese la risa en el Palais Royal, suficiente para hacer reventar a un inglés si se deja ir a la tentación de reírse; el que quiere llorar se dirige a la Porte Saint Martin, premuniéndose por precaución de pañuelos, porque las lágrimas corren allí a mares. Danse gratis las más profundas lucubraciones del espíritu humano; y tal es la convicción del parisiense de que en París está reunido todo lo que Dios y el hombre ha creado, que pidiendo Balzac en un restaurant *comme il faut*, una ala de salamandra, el mozo le contestó sin turbarse, *V'là, M'sieu*, volviendo inmediatamente de la repostería a anunciarle que en aquel momento acababa de acabarse.

Para dormir mejor

Bien, pues, a pesar de todo esto, París carecía, según Gozlan, de una de las primeras comodidades de la vida, de un establecimiento donde se vendiese sueño, para dramatas que hacían *fiasco*, para los agiotistas que jugaban a la alta, los amantes desairados, etc., e iba al efecto a construirse un dormitorio modelo cerca de la Bolsa, para evitar suicidios. Murallas colchonadas debían interceptar los ruidos de la ciudad torbellino, y hacer el silencio como la máquina neumática hace el vacío. Un padre de familia que ha especulado sobre los bonos españoles se presenta a la

puerta pidiendo dos horas de sueño; un portero mudo lo introduce de recinto en recinto, de salón en salón, hasta dejarlo en una cámara donde hay sofases y cojines de pluma. Sus cascos están para volar, aguarda el sueño, que debe servirle, y cuando en su ignorancia de los procedimientos, espera oír una música dulce, calmante, eólica, desde una ventana oye a un doméstico que lee bostezando: Noticias del... del... Río... ahh! del... del Río... ahhh! de la Plaaaaataahh! El Ge... ne... er... er... al Madari... ia... ga ha de... rro... rro... ohhh!... derro... rro... rro... rrohhh! Nuestro enfermo se impacienta, tira el cordón para llamar y nadie responde, grita y él mismo no se oye su voz, absorbida por la muralla y los aparatos antiacústicos. El infeliz que se siente asesinado esconde la cabeza entre los cojines, y el implacable lector sigue el Gene... gene... genehh!!! hasta que al fin se duerme el paciente, ronca profundamente, y dos horas después lo despiertan por no haber pedido más que dos horas de sueño. Así con veinte francos que paga a la puerta, su cabeza se ha descargado y el pensamiento del suicidio desanidándose de su corazón.

Prensa pagada

Este es, mi querido doctor, el lugar que en la opinión pública ocupan nuestros asuntos del Plata. León Gozlan tomaba para su récipe la noticia más soporífera que encontró en el primer diario que vino a sus manos; y como estoy seguro de que usted no se duerme, doctor, cuando le hablan de las cosas argentinas, voy a darle más soporíferos pormenores. Por accidente oigo a Lasalle, editor del *Correo de Ultramar*, al redactor de *La Presse* al servicio de Rosas, y a M. Pichon, el ex-cónsul de Montevideo. ¡Qué

cinismo! El primero escribe según él mismo, para que Rosas se suscriba por doscientos ejemplares; el segundo por contrata; y el tercero cuéntanos cómo ha escrito ya a Oribe, trasmitiéndole las propias palabras del rey: “*N’ayez pas peur, M. Pichon –es el rey quien habla– mes pantalons garance ne verront jamais cette rivière de la Plata. ¡Yo! ¡destronar a ese M. Rosas que gobierna ya catorce años en esas repúblicas americanas, que ha fundado el orden, y sometido a esos anarquistas, alborotadores, a esos unitarios! Dicen que es un bárbaro, sanguinario, ¿qu’est-ce que ça nous fait à nous? Me dice cosas peores la oposición. ¡Calumnias, contra los gobiernos moderados!*”.

¿Recuerda Ud. que Lamartine preguntaba a Varela qué idioma hablábamos?; un redactor en jefe de diario conservador me ha pedido pormenores sobre nuestras luchas en América contra los mahometanos, disertando enseguida con un aplomo admirable sobre la oposición de creencias, de razas, etc.

Argentina vista por Francia

A mi llegada a París, Rosales me transmite la orden de presentarme en el ministerio de Relaciones Exteriores, por orden de M. Guizot. El rey le ha preguntado qué clase de individuo soy yo, y Rosales ha debido decirle que soy un excelente sujeto. Más tarde sé que el caballero de Saint Georges ha escrito a su gobierno que si desea saber algo sobre la cuestión del Río de la Plata, oiga a un señor de mi nombre, hombre competente para juzgar. Don Francisco Matta me guía al ministerio, y M. Dessage, jefe del departamento político, me recibe. Este funcionario es el ojo con que Guizot ve la cuestión del Plata. Todos los

días presenta el extracto de los diarios y de las noticias recibidas. “Río de la Plata” artículo de oposición, no se lee. “Denuncia *El National* el corte de los bosques”. —Recoja usted datos. “Nota de Deffaudis pidiendo fuerzas”. —No se mandan. Así se maneja el mundo, así se crea la historia. M. Dessage me interroga. Quiero yo establecer los verdaderos principios de la cuestión. Hay dos partidos, los hombres civilizados, y las masas semibárbaras. —El partido *moderado* —me corrige el Jefe del departamento político— esto es, el partido moderado que apoya a Luis Felipe, el mismo que apoya a Rosas. —No señor, son campesinos que llamamos gauchos. ¡Ah! los propietarios, la *petite propriété, la bourgeoisie*. Los hombres que aman las instituciones... La oposición —me rectifica el ojo y el oído de M. Guizot— la oposición francesa y la oposición a Rosas compuesta de esos que pretenden instituciones... Me esfuerzo en hacerle comprender algo; pero, ¡imposible! Es griego para él todo lo que le hablo. Hay un partido tomado, y un gobierno no se deja persuadir a dos tirones, aunque Deffaudis y Saint Georges, que están en el teatro de los sucesos, acrediten la competencia de la persona. En resumen:

Rosas =	Luis Felipe.
La Mazorca =	El partido moderado.
Los gauchos =	<i>La petite propriété.</i>
Los unitarios =	La oposición de <i>El National</i> .
Paz, Varela, etc. =	Thiers, Rollin, Barrot.

Y como no es propio a un recién llegado echar a pasear a un funcionario, doile respuestas sin sentido a todo lo que sobre los hechos me continúa preguntando, y tomo mi sombrero, después de haber recibido la indicación de hacerme presentar a Guizot, quien ya aleccionado por

M. Dessage de que soy una especie de animalito raro, que vengo hablando *rococó*, principios, libertad, instituciones, cuando el señor Rosales le dice que vengo de Montevideo, Guizot corrige, para evitar entrar en explicaciones sobre este punto, el señor viene de Chile donde reside hace seis años, viene, etc., lección que se da escrita al ministro para que la repita a la persona que se le presenta, a fin de hacerle sentir cuanto caso hace del presentado. A veces ocurre algo parecido a aquello de la mujer de Talleyrand con Denon, que tomó el libro de Robinson por el del viaje a Egipto y le pedía noticias del indio Domingo, del loro y de la llama. M. Guizot me habla de educación primaria, objeto de mi viaje, y me ofrece la cooperación del gobierno en cuanto necesite para la realización de mi objeto. Me habla con interés de Chile, me interroga sobre varios puntos relativos a la enseñanza, etc.

Mi amigo el comandante Massin, compañero de viaje del Brasil a Europa, había sido destinado al Ministerio de la Marina, y cada vez que nos veíamos me refería los progresos que hacía en un plan de operaciones emprendido con el barón Mackau, ministro del departamento. Cuando se habla del Río de la Plata en el ministerio –me decía– yo suelto alguna frase de inteligencia, la discusión se traba y a lo mejor digo a mi ministro: no conozco a fondo este punto; pero ha venido conmigo un americano, que le resolvería todo género de dudas. Le pico la curiosidad, y un día de éstos vengo a llevarlo para que tenga una entrevista. No se pasan en efecto cinco, antes de haberse salido con la suya. Recíbeme Mackau con la amabilidad expansiva del hombre que se siente estúpido, y le han persuadido de que su interlocutor es más inteligente; porque el barón Mackau tiene una reputación colosal en París de ser un

animal en dos pies: en la Cámara no lo interrumpe la oposición a fin de oírlo decir *platitudes*, y el centro se venga de su servidumbre, riéndose de su jefe y amigo, hasta dejar correr lágrimas, cuando él tiene la palabra. Hablo largamente de los acontecimientos del Plata; y como no es tan sabido como M. Dessage, no me corrige los conceptos, no me sustituye las *sanas* ideas en lugar de las mías. M. Mackau aprueba todo con un signo de cabeza y una sonrisa. Digo cuanto juzgo oportuno para edificación del ministro; su benevolencia me anima, siento que mi confusión primera se disipa, mis ideas se aclaran; cito hechos, establezco principios, me escucho elocuente. Massin está contentísimo de su amigo el americano, lo leo en sus ojos animados. El almirante continúa siempre haciéndome reverentes signos de aprobación; pero son tan metódicos, son tan mecánicos, que parecen una palanca; mírole fijamente los ojos y veo en ellos aquella fijeza sin mirada del hombre que no escucha, absorbido por algún pensamiento interno. Yo me detengo repentinamente en mi improvisación, y el ministro faltando el ruido de las palabras, despierta, y no sabiendo qué decirme porque no está en antecedentes, explora, tartamudea, y no acaba: hay un momento de silencio, trato de escabullirme, y Massin me aprieta la mano al salir, en signo de parabién, creyendo que he depositado alguna idea en aquel cerebro de estopa, ¡había sido tan animado mi discurso! A la puerta del salón del ministro encontramos un individuo que nos mira de pies a cabeza, con aire de empleado del *octroi*, registrando con los ojos al pasante por ver si lleva o trae algo de contrabando. —¿Conoce usted a éste, me dice Massin? —No. —Es el conde Alley de Cyprey. —¿Y quién es ése? —Es aquel empleado *oficioso*, que después de la toma de Obliga-

do fue a Buenos Aires de parte del rey, a asegurar a Rosas de la desaprobación del gobierno por las hostilidades comenzadas. Este es el alma de Mackau, y está furioso conmigo porque lo he introducido a Ud.; es partidario acérrimo de Rosas.

Aquí tiene usted pues, íntegro el pensamiento *oficial* sobre la cuestión del Río de la Plata, en el gabinete de las Tullerías, jarrón dorado que contiene agua sucia. Dessaige, Alley, tales como Ud. los ve, son los árbitros de nuestra suerte.

Americanos en París

Va usted a buscar la opinión de los americanos mismos, y por todas partes encuentra la misma incapacidad de juzgar. San Martín es el ariete desmontado ya que sirvió a la destrucción de los españoles; hombre de una pieza; anciano batido y ajado por las revoluciones americanas, ve en Rosas el defensor de la independencia amenazada, y su ánimo noble se exalta y ofusca. Sarratea, el compañero de orgía de Jorge IV antes de ser rey de Inglaterra, viejo y escéptico; Voltaire que no ha escrito, hoy todavía en París, mismo modelo de finura, de gracia noble y de sencillez artística en el vestir, tiene con más talento y menos despilfarro la gastada conciencia de Olañeta. Rosales, el hombre más amable, el cortesano de la monarquía, todo bondad para con todos, ha sido educado en este punto por Sarratea, su Mefistófeles, el cual lo lanza a las confidencias con Luis Felipe, a quien pone miedo con la indignación de la América. Esta es la cuerda del Napoleón de la Paz; nada de guerra, la Francia es demasiado grande para sufrir sin pestañear la afrenta; es una marquesa del *faubourg* Saint-

Germain, que puede permitirse un capricho con alguno de sus lacayos, sin desdorar los cuarteles de su escudo de armas. Esos melindres de honor se quedan para los estados de tercer orden, para la *bourgeoisie* de las naciones.

La experiencia de Thiers

En fin, soy introducido ante M. Thiers, que no puede dedicarme sino un cuarto de hora, porque está reconcentrándose para pronunciar un discurso de cuatro horas. Tan fastidiado estoy de los grandes hombres que he visto, que apenas siento entusiasmo al acercarme a este diarista, historiador, estadista, financista, orador. En la calle nueva de Saint Georges tiene su hotel rodeado de árboles frondosos, y separado de la calle por una verja de hierro que deja ver el verde césped que alfombra el suelo. Esperábame en su jardín, a la sombra de los árboles, a la orilla de un estanque lleno de pescadillos rojos que tenían el agua en continuo movimiento. Es M. Thiers un hombre chiquito, moreno, cara redonda como un boliviano; su metal de voz es poco sonoro, su palabra fácil, su *approche* alentador. La conversación se hubo entablado luego; no había momento que perder: al principio me aventuré con timidez, el chasco de Mackau me venía a la memoria; y luego exponer ideas a M. Thiers es una tarea que se la doy, no digo a un americano, al más pintado, a un escritor europeo. Pero había tanta indulgencia en su semblante, me detenía medroso, y él me decía: continúe Ud. El cuarto de hora pasó y quise levantarme. —No, todavía no, me interesa, siga Ud. Y al fin de tantos sufrimientos tuve la dicha, tan cara para los hombres que comienzan y no tienen prestigio, de verse animados, aprobados, aplaudidos por una de las pri-

meras inteligencias de la tierra.

¿Para qué he de decir a Ud. el tema de mi discurso? Conócelo Ud. y podría repetir las mismas palabras, los mismos pensamientos. M. Thiers, al oírme me decía: continúe Ud.; la cuestión toma otro aspecto que no le conocía; esto es grande, continúe Ud. Y yo seguía, amigo; la palabra me venía fácil y neta en francés, como en aquellas horas de interminable charla con mis amigos. Decía todo mi pensamiento, y vi un momento la América toda y su porvenir desarrollarse ante mis ojos, claras las cuestiones, rodando sobre un punto céntrico, único, la falta de intereses industriales. —¿Rosas cuenta con la mayoría? —Sí, señor, sus enemigos verdaderos, de corazón, son los pocos que tienen por la regeneración de las ideas el sentimiento de la unidad de los pueblos cristianos. Mi introductor me punzaba para que no continuase en este mal camino; después me decía, ¡malo! dígame que la inmensa mayoría le es hostil.

Preguntóme en seguida por Florencio Varela, y mi introductor se apresuró a decirle que por él le venía recomendado. Varela había dejado una agradable impresión en su espíritu, y los elogios que en la Cámara tributó a su nombre, los más exagerados aun, que sobre su mérito y la fascinación de su palabra hizo el petate de Mackau, son sin duda timbres de que puede gloriarse un americano. Es Varela, en efecto, no el hombre más instruído que tiene hoy la República Argentina, sino la naturaleza más culta, el alma más depurada de todos los resabios americanos, es el europeo aclimatado en el Plata ya, como aquellas plantas exóticas que a tres o cuatro generaciones, y mediante la cultura esmerada, recobran al fin el perfume y el sabor que les eran originales. Varela ha dejado aquí amigos apasionados y entusiastas, es conocidamente el cen-

tro de la acción inteligente contra Rosas en Montevideo, y su contacto diario con todos los hombres notables que toman la gestión de aquellos negocios tan complicados, hace valer la influencia de sus modales tan cordialmente cultos, de su espíritu tan sensatamente elevado. Poniendo su nombre al frente de un diario, ha querido por respeto a sí mismo ponerse un freno para no ceder a la tentación a que sucumbió Rivera Indarte de volver injuria por injuria en aquella lucha en que contra el razonamiento y los principios se arrojan las pasiones groseras y la violencia. Sobre todo, lo que hace de Varela un hombre inestimable en la crisis en que tiene que figurar, es su posesión completa de los idiomas modernos que hace de él un intermediario indispensable entre los enviados europeos y los americanos interesados en la lucha. M. Thiers lo había favorecido con una distinción que rayaba en la amistad, y así nos lo expresó esta vez⁴. Al despedirnos, M. Thiers dijo, sin duda no con otro objeto que el de prodigar una de esas amables palabras con que el francés hace feliz al que se le acerca: “He oído con placer a este señor. Su modo de ver la cuestión es nuevo, fecundo, me interesa; no me pesa el tiempo que le he consagrado; hablaremos más despacio después; necesito más datos. Llévelo a la Cámara pasado mañana,

4. Antes de que estas páginas viesan la luz pública, Varela había sucumbido como los antiguos padres conscriptos de Roma, asesinados por los bárbaros en sus sillas curules. ¡Varela, el redactor de *El Comercio del Plata*, ha sido atravesado de una puñalada, para allanar un obstáculo al triunfo de su adversario, que menos temía las fuertes trincheras de Montevideo que la influencia de una hoja de papel! ¡Pobre Varela; tan pura gloria y sin brillo en América! En Europa ha ido a suscitar admiradores. ¡Un diarista *suprimido*! ¿Quién le seguirá, cuál otro será inmortalado después? ¡Ciegos, que santificando a sus enemigos por el martirio, immortalizan la víctima para que esté por siglos mostrando el puñal y señalando al asesino! (N. del A.).

que hago una reseña general de la política del ministerio; hablaré tres horas; no diga Ud. nada; quiero caerles de improviso”. Yo me retiré, como Ud. puede imaginarlo, satisfecho de mí mismo, radioso, inflado y tiñendo de rosa mi porvenir de París.

Visita al Parlamento

Sígame a la Cámara; voy a introducirlo a otro mundo. En la sala de los pasos perdidos soy presentado a Armand Marrast, redactor de *El National*, y opositor a Rosas simplemente por desafección a Guizot. Hablamos, me escucha, me aprueba; pero me pide datos escritos para hacer con ellos artículos de posición. Pido que se escriba en el sentido de nuestros intereses americanos, y no en los de la oposición, y me hace sentir que eso no le importa, sino hacer la oposición.

Entremos a la Cámara: la sesión comienza. M. Sauzet, la flor de los presidentes de cámaras presentes y futuros, ocupa el *fauteuil*; mango inteligente de campanilla, robinete que deja escapar el chorro de palabras que conviene de la boca de cada orador. La Cámara es un semicírculo, la mitad de un reñidero de gallos de dimensiones colosales. No es por lo moral la afinidad. En el corte, en el diámetro, están la alegoría de la fuerza, contrapuesta a la de la prudencia; el orden público a la libertad; la justicia a la elocuencia. La fuerza, se llevará por delante al orden público para llegar a la justicia y dar cuenta de la elocuencia, la libertad y la prudencia como las entienden al centro y a la derecha. Los bancos de los diputados se extienden en círculos concéntricos en derredor de un pequeño hemiciclo, en que está la tribuna de los oradores, y a su espalda el presiden-

te y *entourage*. Detrás, a la izquierda, hay un gran cuadro del rey distribuyendo banderas a la guardia nacional; otro en que está recibiendo la carta, hacia la derecha. Hay tribunas para los diaristas, tribunas públicas, de los agentes diplomáticos, de los antiguos diputados, de la casa real, etc., que forman el semicírculo de la circunferencia del hemiciclo.

Los semidiámetros que de todos los puntos convergen al centro, dividen los bancos en centro ministerial con los ministros al frente, centro derecho, centro izquierdo, costado derecho, costado izquierdo, extremo derecho, extremo izquierdo. Una vez conocido el mapa, mi amigo Lelong iba satisfaciendo mi curiosidad. Aquí tiene Ud. a La Rochejaquelein, el vendeano, descendiente de los cruzados, *extrême droite*, legitimista. ¿Dónde está M. Fulchiron, que me hace mucha gracia? —M. Fulchiron, *chas*, M... helo ahí; Mauguin centro izquierdo; Berryer centro derecho. Allí los ministros. Diviso a Mackau en el extremo, el último de los ministros, término en que la naturaleza ministerial pasa de un reino otro, de roca a molusco, de ministro a ordenanza. ¡Oh me pagaréis, imbécil, mi bello discurso, el mejor, el único que he hecho en mi vida, y que no tuvisteis el honor de oír! Siguiendo el frente de la columna de los bancos, en la extrema izquierda diviso a Odilon Barrot, a Arago el astrónomo, Cormenin, autor del *Timón*, y Ledru Rollin, están tres bancos atrás. Lamartine el vizconde, que tenía su asiento en la extrema derecha, va caminando hacia la izquierda; otro tanto sucede con Beaumont, Duvergier d'Hauranne; Emile Girardin está en el *beau milieu* del centro, es ministerial. Cada diputado tiene por delante un bufete, y cuando la discusión comienza, un cuchillo de madera en la mano para hacer

ruido. Léese la orden del día, sube un orador a la tribuna, y el *chas, chas* de los papeles agitados intencionalmente comienza; nuevos oradores, y, más o menos, bulla según el color a que pertenecen; un diputado joven decía: ¡pero, por Dios, señores, permítanme decir una sola palabra! ¡Hum! ¡qué ruido, qué risa! Al fin el orador desciende riéndose también. Yo que estoy a la altura de París, cosa que experimentan otros antes de llegar, no presto atención a todas estas habladurías; estoy iniciado en el secreto; sé lo que pocos saben.

M. Thiers sube a la tribuna. Gran movimiento en el centro izquierdo a que él pertenece; en el derecho, donde están sus adversarios se tose, se acomodan en el asiento, se escucha. M. Thiers deja asomar la mitad de su cuerpo sobre la tribuna como un corista en el púlpito. Lleva pantalón de mahón, chaleco de color y levita oscura. Saca un pañuelo blanco, que lleva a la cara en vía de ensayo, explora con la vista los vasos de agua que hay a ambos extremos del mármol, mira hacia la Cámara y aguarda que haya silencio. El silencio se produce; y su voz pequeña empieza a deslizarse, sin vehemencia, como una gotera de agua límpida que filtra de una roca; conversa, gesticula, acciona desembarazadamente, pero sin formas oratorias. No olvide Ud. que el gobierno tiene una inmensa mayoría, y que esta mayoría va a oírse llamar en sus propias barbas, corrompida. Yo sigo el discurso por los efectos que causa; un sordomudo habría comprendido perfectamente el sentido de aquella improvisación. Al principio, atención profunda en todos los bancos; mas, a medida que avanza, la Cámara va agitándose en diversos sentidos, aprobaciones en los extremos, descontento, malestar en los centros; los rumores van creciendo, son ruidos, son murmu-

llos ya. La frase indica que va a soltar una palabra terrible, ofensiva, humillante, y en el momento de lanzarles sobre las cabezas este dardo, la Cámara estalla en un grito de reprobación. Thiers está parado, con las manos apoyadas en el mármol, el cuerpo lanzado hacia delante, esperando el silencio, que no tarda en venir, y entonces les lanza la fatal palabra que habían querido cubrir con sus gritos, y con la que el astuto lidiador no había hecho más que amenazarlos; la reciben, pues, a boca de jarro, y hacen ruido mientras toma él un sorbo de agua, se enjuga y vuelve a tomar posiciones. El semblante de Guizot está sublime de cólera y de desdén, las extremidades de sus labios naturalmente inclinados hacia abajo, se contraen de una manera absoluta, dominante. De cuando en cuando sacude la cabeza como diciendo: ya esto es demasiado; pero Thiers apenas ha principiado. Ha pasado ya la revista de la política exterior, el Oriente, la Inglaterra, Pritchard, el Río de la Plata, por todas partes la Francia humillada, decaída de su rol de gran nación. Viene en seguida el sistema electoral, la disipación de las rentas para corromper pueblos con el sebo de las obras públicas hechas en su beneficio empeñando el crédito de la Francia, haciendo el bien, no por el bien mismo, sino para obtener diputados para la Cámara. Cuando el orador observa que los semblantes de los diputados están morados, y verdes de cólera los de los ministros, entonces hablando con volubilidad, les arroja repentinamente la más amarga de sus frases, el reproche más sangriento, y se retira al fondo de la tribuna, mientras los del centro se arrojan furiosos sobre la palabra que les daña, como los perros que muerden la piedra con que se les tira. Tiene cuidado de que no se reviente alguna arteria, y les deja desahogarse, soltándoles la brida que hasta en-

tonces llevaba tirante. Si la Cámara está fatigada de oírle, hace concesiones; reconoce algún mérito en los actos del gobierno, signos de aprobación salen del centro; pero un *mais...*, acentuado, vibrante, detiene a media inclinación una cabeza que iba asintiendo; y entonces, no son ya palabras las que se suceden: son centellas, es una tempestad de relámpagos y de rayos, una lluvia de granizo, que los desmoraliza y oprime tanto más cuanto que los había distraído, desmontado, aflojándoles los nervios, y preparándolos para sentimientos blandos. Después de una nueva pausa, en pos de dos horas ya de discurso, de tormento, de azotes, la mayoría grita: *assez! assez!* Pero Thiers dice, con una gracia infinita, con tanta atención, “una sola palabra”, que la Cámara consiente, y oye una hora sin poder interrumpir, porque son cálculos que se están ejecutando en el aire con la misma precisión que sobre la pizarra, son consejos paternales, son palabras de amigo, previsiones de lo futuro, el interés personal de los mismos miembros. El rey se deja ir, el sistema se destruye, la autoridad personal reaparece, y las conquistas hechas a costa de tanta sangre, van a perderse; y todo esto moviéndose como una ardilla, agitando las manos hacia la Cámara, como si derramara sobre ella palabras a puñados, estirándose, para seguir las diversas inflexiones del discurso; entreteniéndolo a la Cámara con el encanto de sus modales llanos, su palabra acentuada, popular, insinuante. La sesión se termina, en fin, sin que se le haya quedado al orador nada por decir, nada por echar en cara.

Reacción contra Thiers

Al día siguiente, medio París quiere escuchar la répli-

ca de Guizot. Yo logro procurarme dos entradas; pero las tribunas están ya ocupadas, y en vano rondamos de uno a otro vomitorio sin poder abrírnos paso. Al fin logramos meter la punta de la nariz por la tribuna que ocupa Martínez de la Rosa, enviado español... Guizot está ya en la tribuna, el silencio profundo de la Cámara deja repercutirse su voz metálica, sonora, vibrante, todos los ángulos del edificio. Su actitud es naturalmente insolente; tiene como en sus retratos, la cabeza echada para atrás, la frente dominante, el corte de la boca encorvado para abajo. Sus maneras son las de un *lord*, su tono el de un ministro omnipotente; su acento el del antiguo catedrático de la Universidad. Hablando a la Cámara, justificándose, mintiendo, manda, enseña, hace un curso de historia, de moral, de política, de filosofía; y si algo faltara al orador, daríasele la aprobación escrita, marchamada en la cara de la mayoría, el respeto, la gratitud pintada en los semblantes. En cuanto a los extremos, no existen para él, no los mira siquiera; a bien que tiene a Thiers frente a frente en el centro izquierdo, para aplastarlo con su lógica fulminante, su desdén matador, su desprecio insoportable.

Luego, ¡es tan sencilla la defensa del gobierno! Comparad la situación actual con la situación de 1840, con lo que el funesto ministerio de M. Thiers había producido. Hoy día el gran partido conservador está reconstituído, fortificado, disciplinado. Hoy día la Francia es respetada, influyente afuera, tranquila y próspera en el interior. La fortuna pública ha tomado un desarrollo al cual nunca se creyó posible llegar. ¡Qué rico espectáculo de trabajos públicos! ¡Caminos de hierro, rutas, canales, puertos, construcciones navales, fortificaciones de París y todas nuestras plazas de guerra! ¡Qué homenajes, qué corona de gloria discernida a nuestro rey por las más orgullosas

naciones, en todos los países del mundo! ¡Qué profunda seguridad, qué orden interior, qué acción fácil y regular de las leyes! Al reproche de no hacer nada para mejorar las instituciones, Guizot responde: este período de dieciséis años ha sido un verdadero *statu quo*, como era necesario para apaciguar tantas agitaciones, para vigorizar los nervios y los músculos de la Francia. Con la legislatura nueva vamos a entrar en una era de iniciativa, de desarrollos más marcados, de progresos más profundos; y esta iniciativa pertenece al partido conservador. La mayoría se agita de placer y de entusiasmo al sentirse tan omnipotente; los cuadros que Guizot traza ante sus ojos la fascinan; y las magnificencias de aquel lenguaje severo y ameno a la vez, turban a las minorías mismas. Mi compañero, que es enemigo irreconciliable de Guizot, electrizado por aquella elocuencia que aplasta a sus amigos políticos, exclama por lo bajo *c'est beau! c'est beau!* Guizot, desciende de la tribuna, triunfante, victorioso; corónalo con sus aplausos la mayoría tan ensalzada por él, tan incensada. En vano sube a la tribuna Odilon Barrot para replicar, apenas se puede hacer escuchar, lucha un momento y cede ante la impulsión dada a los espíritus.

Hay una fraseología parlamentaria que ejerce, en efecto, una fascinación completa. Hay un país legal, un país electoral, una mayoría, ministros responsables; el rey repite en cada discurso del trono: la carta es una verdad. ¿Qué pueden reprocharle a este gobierno que tiene su mayoría parlamentaria?

Pero vea usted algunas cifras. La Francia tiene 35 millones de habitantes y 270.000 electores, elegidos según lo que poseen y no según lo que saben; el sabio que no paga impuestos no entra en el país electoral. Hay en Francia en-

tre ciudades, villas, aldeas y villorrios, treinta y seis mil poblaciones, y la Cámara se compone de 550 diputados. Toca, pues, un diputado a cada 490 electores. Ya Ud. ve que 490 personas no es ganado tan arisco que no pueda amansársele por los dones, por los favores. La mayoría dispone de empleos, donaciones y colocaciones para los electores; cada diputado reparte estancos, perceptuarias, etc. *La Époque*, diario ministerial, persigue a todo desertor de la mayoría, publicando de los registros oficiales la lista de los favores recibidos, con lo cual prueba el gobierno que nadie tiene derecho de tirar la piedra contra la corrupción. M. Beaumont (de la Somme), Corne, Havin, Duvois, La Doucette, cada uno de aquellos tráfugas ha sido ensambenitado.

Los electores eran 490 y los dones repartidos son 304, estos van a los hijos, a los hermanos; a los allegados de los electores de campaña, aquellos buenos paisanotes, la *petite propriété* de M. Dessage de aquellos sostenedores del orden puesto que siembran patatas. La Francia ha caído en este horrible lazo, y en vano se agita, lucha, protesta; ella no es el país legal, ni el país electoral. Cuando se echa en cara a M. Guizot esta corrupción del elector y del elegido, se dirige a la mayoría y la apostrofa en estos términos: ¿Os sentís corrompidos? No, grita la mayoría, con gran confusión de las pobres minorías que ven realmente que no hay corrupción puesto que cuatrocientos agiotistas lo repiten. Cuando se denuncia en la tribuna un delito, evidente como la luz, una dilapidación escandalosa, probada, M. Guizot pide que la Cámara decida si está o no satisfecha, y un movimiento en masa de la turba de cómplices, absuelve de toda culpabilidad al rey y al ministerio. ¡He ahí el país legal, he ahí los grandes hombres de la tierra!

Las minorías prontas a desaparecer se han coaligado, y sus esfuerzos se dirigen a la fuente del mal, a la ley electoral, a deshacer si pueden esa gavilla de paniaguados, electores y diputados. El programa para las elecciones que acaban de tener lugar era de parte de la oposición:

La reforma electoral y parlamentaria;

La reorganización de la guardia nacional;

La revisión de las leyes de septiembre;

La derogación de la ley sobre anuncios judiciales;

La repulsa de todo proyecto de dotación para la familia real;

Que la confección de las listas del jurado sea arrancada a la arbitrariedad de los prefectos;

Que las rentas y todos los ramos del servicio público sean administrados con inteligencia, economía y honradez;

Que un sistema más digno del nombre y del poder de la Francia, regle sus relaciones con las otras naciones;

Y que en el interior, en fin, los poderes del Estado se preocupen con una seria atención de la educación y del bienestar de las clases trabajadoras.

¿Cuál le parece a usted que ha sido el resultado de las elecciones? El Gobierno tuvo miedo, redobló sus esfuerzos, y sacó más diputados *satisfechos* que los que hubiera deseado. Los cuatro quintos, los nueve décimos de la Cámara nueva formarán la mayoría. El Gobierno ha tenido vergüenza de su triunfo; jugó la máquina con más actividad de lo que esperaba. ¡Pobre humanidad, qué va a ser de ella ahora!

El hecho viene apoyado en la doctrina. Guizot ha dicho en plena Cámara que es necesario detener el progreso, que hay ya demasiado progreso; y estos doctrinarios, amigo mío, son los casuistas de la política. Se arroja una

opinión reaccionaria, para ir la convirtiendo en opinión probable poco a poco. No hay verdad ninguna reconocida. Los pueblos no marchan a un fin, la historia no tiene ilación; hay hechos, *voilà tout*; y el hecho consumado es la ley del género humano.

Carlos X, Luis XVIII, ¡qué cuitados érais! Nosotros hemos pasado ya de Luis XV, estamos en Luis XVI, *le grand roi*. El diario de los *Debates* llama al Jardín de las Plantas, *le Jardin du roi*; el palacio *du roi*, la biblioteca *du roi*. Al rey ciudadano no le llaman sus palaciegos, Su Majestad, que eso sería ponerse en contacto con él, le llaman el Rey, al dirigirle la palabra: “El Rey se ha dignado mandarme llamar; el Rey me ha ordenado, etc.”. ¿Y sabe Ud. quién es ese Rey? Juzgue por estos dos hechos. La lista civil, después de las dotaciones, *apanages*, para cada hijo, para cada nietecito, se ha hecho acordar la corta de los bosques que produce cuatro millones anuales, calculando hacer una corta en cada siglo, sobre cada uno de los lotes. Este año se han desflorado todos los bosques a un tiempo, escogiendo los árboles más corpulentos, operación que ha producido setenta y cinco millones⁵. Interpelado el ministerio en la Cámara, no supo qué responder, porque ignoraba, en efecto, tal depredación; al día siguiente, mejor informado dijo con una adorable sencillez, que ya se había adoptado el *sistema alemán*, con lo que la Cámara quedó *satisfecha*, y el buen rey guardó setenta y cinco millones. Hay en la lista civil una suma destinada para la reparación, guarda y conservación de los monumentos públicos. El

5. Ahora, no ha mucho, al devolverle a la Asamblea Nacional sus propiedades, le descontó cuarenta millones por la *coupe sombre*, entregándole el remanente (1848) (N. del A.).

personal de Saint-Cloud, Versailles, Fontainebleau, Vincennes, el Louvre, el Jardín de las Plantas, se compone de artesanos que deben tener dos oficios por lo menos, hojalatero y vidriero, carpintero y albañil, alfarero y constructor de teja y ladrillo. Su sueldo se les paga de la lista civil, pero el trabajo es una carga que les impone el rey. A la hora de función, revisten la casaca colorada, pasada la cual vuelve cada uno a su trabajo; y al año presenta el buen rey abultados gastos de reparación, tantos miles en tejas, tanto en estucos, tanto en vidrios, que le han fabricado *gratis* sus dependientes. Esto es regio, ¿no le parece a Ud., digno de un rey de Francia?

Visita al general San Martín

Cambiamos de asunto, y dejando en paz a los que en paz realizan tan grandes cosas, volveré a lo que conmigo tiene relación. Hago viajecitos a todos los alrededores célebres, y a Mainville, donde estudio el arte de cultivar la seda, bajo la dirección de M. Camilo Beauvais, por si un día en América, en Mendoza, en Chile, piensan sobre el porvenir industrial de los países templados de la América del Sur, tan oscuro, tan inseguro. A una legua de Mainville, no lejos de la margen del Sena, vive olvidado don José de San Martín, el primero y el más noble de los emigrados que han abandonado su patria, su porvenir, huyendo de la ovación que los pueblos americanos reservan para todos los que los sirven. Nuestro don Gregorio Gómez, el general Las Heras y otros restos del mundo antiguo, me habían recomendado con amor, con interés, y el general Blanco díchole tan buenas cosas de mí, que me recibió el buen viejo sin aquella reserva que pone de

ordinario para con los americanos en sus palabras cuando se trata de la América. Hay en el corazón de este hombre una llaga profunda que oculta a las miradas extrañas, pero que no escapa a la de los que la escudriñan. ¡Tanta gloria y tanto olvido! ¡Tan grandes hechos y silencio tan profundo! Ha esperado sin murmurar cerca de treinta años la justicia de aquella posteridad a quien apelaba en sus últimos momentos de vida pública, y tiene setenta y cinco hoy; las dolencias de la vejez y el legado de las campañas militares, le empujan hacia la tumba, y espera todavía.

He pasado con él momentos sublimes que quedarán para siempre grabados en mi espíritu. Solos un día entero, tocándole con maña ciertas cuerdas, reminiscencias suscitadas a la ventura, un retrato de Bolívar que veía por acaso; entonces, animándose la conversación, lo he visto transfigurarse, y desaparecer a mi vista el *campagnard* de Grand Bourg y presentármese el general joven que asoma sobre las cúspides de los Andes, paseando su mirada inquisitiva sobre el nuevo horizonte abierto a su gloria. Sus ojos pequeños y nublados ya por la vejez, se han abierto un momento, y mostrándome aquellos ojos dominantes, luminosos, de que hablan todos los que le conocieron; su espalda, encorvada por los años, se había enderezado, avanzando el pecho rígido como el de los soldados de línea de aquel tiempo; su cabeza se había echado hacia atrás, sus hombros bajándose por la dilatación del cuello, y sus movimientos rápidos, decisivos, semejaban el del brioso corcel que sacude su ensortijada crin, tasca el freno y estropea la tierra. Entonces la reducida habitación en que estábamos se había dilatado, convirtiéndose en país, en nación; los españoles estaban allá, el cuartel general aquí, tal ciudad acullá; tal hacienda, testigo de una escena, mostraba sus galpo-

nes, sus caseríos y arboledas en derredor de nosotros...

¡Ilusión! Un momento, después, toda aquella fantasmagoría había desaparecido; San Martín era hombre y viejo, con debilidades terrenales, con enfermedades de espíritu adquiridas en la vejez; habíamos vuelto a la época presente y nombrado a Rosas y su sistema. Aquella inteligencia tan clara en otro tiempo, declina ahora; aquellos ojos tan penetrantes que de una mirada forjaban una página de la historia, estaban ahora turbios, y allá en la lejana tierra veían fantasmas de *extranjeros*, y todas sus ideas se confundían, los españoles y las potencias europeas, la patria, aquella patria antigua, y Rosas, la independencia y la restauración de la colonia; y así fascinado, la estatua de piedra del antiguo héroe de la independencia, parecía enderezarse sobre su sarcófago para defender la América amenazada.

***Facundo* en Francia**

De otras correrías es teatro París. Al despedirme de mi buen amigo el señor Montt, le decía yo con aquella modestia que me caracteriza: la llave de dos puertas llevo para penetrar en París, la recomendación *oficial* del gobierno de Chile y el *Facundo*; tengo fe en este libro. Llego, pues, a París y pruebo la segunda llave. ¡Nada! ni para atrás ni para adelante; no hace a ningún ojo. La desgracia había querido que se perdiese un envío de algunos ejemplares hecho de Valparaíso. Tenía yo uno; pero ¿cómo deshacerme de él? ¿Cómo darlo a todos los diarios, a todas las revistas a un tiempo? Yo quería decir a cada escritor que encontraba, *¡jio anco!* pero mi libro estaba en mal español, y el español es una lengua desconocida en París, donde

creen los sabios que sólo se habló en tiempo de Lope de Vega o Calderón y después ha degenerado en dialecto inmanejable para la expresión de las ideas. Tengo, pues, que gastar cien francos para que algún orientalista me traduzca una parte. Tradúcela en efecto, y doíla a un amigo que debe recomendarla a las revistas; ya han pasado dos meses entre traducir y leer, y nada me dice. —¿Qué hay de mi libro? —Estoy leyéndolo. Mala espina me da esto. Vuelvo más tarde, pido mi manuscrito y me dice: —Lo hallo... un poco difuso... hay novedad e interés; pero... La verdad era que no había leído una palabra. ¿Quién lee lo que ha escrito uno a quien juzgamos inferior a nosotros mismos? El autor tiene un santo horror al manuscrito ajeno. Lo sé por experiencia. Habíame dado también un manuscrito cierto amigo en América, díchole yo que lo estaba leyendo, como mi amigo de París, y llegó el caso de pedirme el suyo, como yo pedía el mío ahora. —¿Qué le parece a Ud. la idea? —me dice—; y como yo no sabía de qué trataba el manuscrito: —En cuanto a la idea es excelente, le contesto; pero, ¿cómo realizarla entre nosotros? —Ya lo digo; buscando dos personas en cada provincia. (Esto no es en Chile, me digo para mí, debe ser en la otra banda.) —Bueno, pero ¿dónde están esas personas, cómo se comunica uno con ellas? —Pero, por los medios indicados, por los signos convenidos. —¡Ah, ya caigo, esto es algo de logias! Hombre, le diré a usted francamente, en nuestro tiempo las logias, así las cosas como logias, aunque no sean precisamente logias, son impotentes; el carbonarismo ha caído, no es posible contar con la religiosidad de aquellos tiempos de fe, como en la logia de Lautaro. —Por eso propongo las modificaciones que usted ha visto. —A ellas me refiero, y es lo único que puede hacerse en nuestra época; pero, hom-

bre...! El proyecto es desechado por unanimidad, y el no leído manuscrito devuelto. La pago, pues, ahora. Quiero entenderme con un redactor de la *Revista de Ambos Mundos*, y otro amigo me dice: No haga Ud. tal; los redactores ganan en proporción de los artículos que introducen por rotación de rol; un artículo extraño pospone los suyos, y se ligarán entre sí para no dejarlo entrar; entiéndase con M. Buloz, director de *La Revista*. M. Buloz es un respetable tuerto, director de la Ópera Cómica y de *La Revista*, tan versado en la contaduría del uno como del otro establecimiento. Me presentan, y queda en la oficina de *La Revista* mi manuscrito, para pasar a comisión que juzgue de su importancia, quedando citado yo para el otro jueves a la misma hora. Aquí principia aquella eterna historia de los autores que comienzan en París, y que lanzan su vuelo desde una guardilla del quinto piso. De ahí salieron Thiers, Mignet, Michelet y tantos otros, me digo para alentarme; todos han aguardado a la puerta de alguna redacción, el corazón endurecido de humillación, ídose, vuelto. Vuelvo el jueves, golpeo tímidamente, y el terrible cíclope de *La Revista* saca su ojo en la cara, lo pasea, busca, veme y me lanza cerrando la puerta, este empujón: "No se ha leído aún, hasta el otro jueves".

De jueves en jueves, un día, día por siempre memorable en la biografía de todo garrapateador de papel, las puertas de la redacción se me abren de par en par. ¡Qué transformación! M. Buloz tiene dos ojos esta vez, el uno que mira dulce y respetuosamente, y el otro que no mira, pero que pestañea y agasaja, como perrito que menea la cola. Me habla con efusión, me introduce, me presenta a cuatro redactores que esperan para solemnizar la recepción. Soy yo el autor del manuscrito (una reverencia), el ameri-

cano (una reverencia), el estadista, el historiador... Me saludan, me hacen reverencias. Se habla del libro; hay un redactor encargado del *compte-rendu* de los libros españoles, que quiere ver la obra entera para estudiar el asunto. M. Buloz me suplica humildemente que me encargue de la redacción de los artículos sobre América. *La Revista* ha faltado a su título de *Ambos Mundos* por falta de hombres competentes; podemos arreglarnos. Desgraciadamente, el artículo sobre mi libro no puede aparecer sino en dos meses. Están tomadas las columnas para mucho más; pero se hará una alteración. Esto me satisface; y ya han pasado cuatro semanas en idas y venidas hasta el momento en que escribo.

Pero aquel artículo me hace falta para presentarme ante los escritores. En París no hay otro título para el mundo inteligente, que ser autor o rey. No he querido ser presentado a Michelet, Quinet, Louis Blanc, Lamartine porque no quiero verlos como se ven los pájaros raros; quiero tener títulos para presentarme a ellos, sin que crean que satisfago una curiosidad de viajero. He visto ya a Jules Janin, a Ledru Rollin; éste en casa de San Martín, de quien es vecino; el otro en su escritorio adonde me condujo Tandonnet, que es su amigo. ¡Qué espiritual y qué consentido es en su trato familiar este folletinista!

M. Lasserre, aquel buen francés que reside en Chile, víctima antigua de sus ideas republicanas, y el liberal más ardiente que anda errante entre nosotros, me había dado preciosas recomendaciones para los Arago y para Mme. Tastu, célebre poetisa que brilló en este ramo en su juventud y fue coronada por la Academia, y hoy está consagrada a la educación maternal, para cuyo auxilio ha publicado preciosos tratados. Recibe los martes, y allí en aquel círcu-

lo escogido, encuéntrase al anciano Tissot, de la Academia, unas veces, y a varias otras reputaciones literarias. Es la modesta habitación de esta escritora el reflejo de aquellos antiguos salones que ya van desapareciendo en presencia de los intereses industriales. El de Mme. Tastu ha recibido sucesivamente a Humboldt, Champollion, Ampère, el célebre matemático, y todas las ilustraciones de aquella época. Cormenin, Tissot, y varios viejos y jóvenes literatos frecuentan su tertulia, y todos se hallan a sus anchas en aquel reducido círculo en que el gusto y la simplicidad presiden a las *causeries*, conversaciones más amenas y variadas. En esta sociedad, donde era siempre recibido con más distinción que pudiera esperarlo, he podido entrar bien adentro la mano en las llagas actuales de la Francia. M. Tissot había sido uno de los quince diaristas que habían derrocado la restauración de los Borbones; desechando cuatrocientos mil francos que le ofreció Carlos X, sólo porque dejase de escribir, hoy vivía en la miseria, enseñando a la edad de setenta años, para subsistir; porque el nuevo rey, el rey ciudadano, había tenido buen cuidado de oscurecer, de sepultar a todos aquellos enérgicos liberales, que después de haber volteado un ídolo, no habían querido adorar al que se había alzado en su lugar. ¡Allí se oían tantos secretos de corte, tantos detalles que la prensa no revela! ¡Allí se hacían votos por un orden mejor, entre las manifestaciones más nobles de indignación por el abatimiento de la Francia, por el *escamotaje* de la libertad; por la degradación de la nación, por la ruina y el descaró de los manejos!

Índole humana de París

Omito otros detalles que no importan gran cosa en mi vida en París. Mis estudios sobre la educación primaria me ponen en contacto con *savants*, empleados y hombres profesionales; pero hay aún otro costado de París que me ha llamado profundamente la atención, y son sus placeres públicos, y la influencia que ejercen sobre las costumbres de la nación. Aquí donde la inteligencia humana ha llegado a sus últimos desenvolvimientos, donde todas las opiniones, todos los sistemas, las ciencias como las creencias, las artes como la imaginación, marchan en líneas paralelas, sin atajarse las unas a las otras como sucede en otras naciones, sin descollar un ramo por la excesiva depresión de otros aún más importantes; aquí donde el hombre marcha en la verdad como en el error sin tutela, sin trabas, la naturaleza humana se muestra a mi juicio en toda su verdad, y puede creerse que es realmente tal como ella se presenta, y que ha de presentarse así toda vez que se la deje seguir sus inclinaciones naturales. No hay que decir que el lujo corrompe la energía moral del hombre, ni menos que el placer lo enerva, puesto que a cada momento vese a este pueblo dar síntomas de energía moral desconocida entre los pueblos más frugales o más sobrios. El francés de hoy es el guerrero más audaz, el poeta más ardiente, el sabio más profundo, el elegante más frívolo, el ciudadano más celoso, el joven más dado a los placeres, el artista más delicado, y el hombre más blando en su trato con los otros. Sus ideas y sus modas, sus hombres y sus novelas, son hoy el modelo y la pauta de todas las otras naciones; y empiezo a creer que esto que nos se-

duce por todas partes, esto que creemos imitación, no es sino aquella aspiración de la índole humana a acercarse a un tipo de perfección, que está en ella misma y se desenvuelve más o menos, según las circunstancias de cada pueblo. ¿No es, sin duda, bello y consolador imaginarse que un día no muy lejano todos los pueblos cristianos no serán sino un mismo pueblo, unido por caminos de hierro o vapores, con una posta eslabonada de un extremo a otro de la tierra, con el mismo vestido, las mismas ideas, las mismas leyes y constituciones, los mismos libros, los mismos objetos de arte? Puede esto no estar muy próximo; pero ello marcha y llegará a ser blanco, a despecho, no del carácter de los pueblos en que no creo, sino del diverso grado de cultura en que la especie se encuentra, en puntos dados de la Tierra. Y será siempre la gloria de Fourier haber llevado la inteligencia del hombre hasta hacerla capaz de mejorar el universo, de haber deificado en la criatura el poder del Creador, poetizando el trabajo y la inteligencia humana, en lugar de la fuerza destructora de héroes sanguinarios, que hacen hasta hoy el caudal de la poesía épica, como en los tiempos antiguos dioses inmortales, caprichosos e injustos.

Los bailes

Sugíerenme estas reflexiones tan sesudas los bailes públicos de París, adonde me asomo de vez en cuando, para curarme del mal de la patria que me incomoda. No tengo ni tiempo, ni gusto, ni dinero para engolfarme en las gustosas frivolidades cuyo goce envidio a otros. ¡Ah! si tuviera cuarenta mil pesos nada más, ¡qué año me daba en París! ¡Qué página luminosa ponía en mis recuerdos para la vejez! Pero, soy *sage*, y me contento con mirar, en

lugar de *pilquinear*, como hacen otros.

Los bailes son en París establecimientos públicos que se siguen a los teatros, luchando con ellos en magnificencia, alumbrado y gusto. El *Rannelag* correspondiera a la ópera italiana por la clase de los concurrentes. Allí he visto a Balzac, Jorge Sand, Soulié y otras notabilidades literarias. El *Château-Rouge* enciende cada fin de mes ochenta mil luces; el *Bal Maville* ostenta las bailarinas más afamadas; la *Chaumière* es el edén de los estudiantes y estudiantas del cuartel latino, y la ciudadela en cuya puerta deja su sable el municipal para penetrar. Un día sí y otro no hay en todos ellos baile en la semana, a que concurren millares de aficionados. Un día pagan los varones a la entrada tres francos, dos otro, uno y medio el lunes, y cinco al fin de cada mes que hay *grand festival*; las damas entran siempre *gratis*. Compónense éstas de todas las clases de la sociedad, más o menos ínfimas, según el día; pues esto depende de sus relaciones con los que pagan, y éstos son de a un franco y medio o de cinco, según sus recursos. Damas muy *comme il faut* asisten como espectadoras, y los jóvenes de todas las categorías son apasionados *habitués* de tal o cual baile. El local está adornado con gusto primoroso; jarrones y estatuas descuellan sobre mesas de verdura, terraplenes de flores raras y embalsamadas, y en medio de una atmósfera de fuego por la iluminación del gas, los lampiones y los vasos de color, se agitan sobre avenidas de asfalto, cuadrillas de doscientas parejas ejecutando polkas frenéticas, valeses febriles. Allí descuellan reputaciones tan altas, tan europeas, como la de Dumas, o la de la Rachel. Cuando la Rigolette se para con su compañero, que no es Jerman, todos los asistentes se la señalan, la turba de espectadores se apiña en el extremo que ella

ocupa, y lores ingleses, boyardos y príncipes rusos pagarían cien francos por estar en primera línea. La orquesta alemana comienza a hacer vibrar las fibras de aquel torbellino de seres humanos, a irritarlas, y crispalas con las armonías en que domina la corneta pistón. El baile va tomando animación, fuego, rapidez; entonces las naturalezas, los caracteres empiezan a diseñarse, el chiste en unos, la dulzura voluptuosa en otros, lo estrambótico, lo absurdo, lo furioso en los demás. La *Rigolette* vase agitando, animándose, perdiendo el sentido y las formas humanas. Sus admiradores estrechan cada vez más el círculo, la agujonean con aplausos, la aturden con sus vivas hasta que la pasión estalla, el estro poético se manifiesta, la inspiración desciende a la pitonisa, en destellos del genio, en cabriolas imposibles, en contorsiones de bacante. Es la fiebre, la convulsión del placer, la enajenación del poseído, que ha dejado de presidir a los movimientos del cuerpo, y se abandona a otra alma que la suya que está haciendo cosas sobrehumanas, no soñadas. Entonces no pisa ya el suelo, es un torbellino o un huracán, va, remolinea, y al fin cae sobre los brazos de alguno, pálida, moribunda, llorando, jadeando, los ojos cerrados, y volviendo a la vida a fuerza de oír la tormenta de aplausos, los gritos de admiración, los vivas delirantes que acompañan su nombre. Como la *Rigolette*, hubo antes la Reina Pomaré que murió, viven la Reina Margot, Marion y otras celebridades, bautizadas por el público según el carácter de su poesía, salvaje, bulliciosa, o llena de fiereza. Al día siguiente, la Reina Margot es simplemente Adela Rimbaut, costurera de ropa blanca, u otra cosa peor; pero una hora al menos ha sido reina por la aclamación universal, sentido grande, cubierta de gloria como Napoleón o Murat, y gozado

de las fruiciones que le están al vulgo vedadas.

Esta es la parte dramática de los bailes públicos; la positiva es que la sociedad se *igualiza*, las clases se pierden, la mujer de clase ínfima se pone en contacto con los jóvenes de alta alcurnia, los modales se afinan, y la unidad y homogeneidad del pueblo queda establecida; el público se constituye, y una migaja de gloria cae también a los pies de la mujer del bajo pueblo, entre los placeres con que aturde su miseria o su vileza. La luz suministrada a torrentes, la música de los maestros puesta al alcance de la muchedumbre por una ejecución artística y sabia, aquellos jarrones y estatuas que la habitúan a los primores de las artes, aquel lujo y aquel gusto, en fin, prodigado en el lugar que el roto o la hija del artesano de París llama suyo por un momento, concluye por ennoblecer su espíritu, iniciarlo en la civilización, y hacerle aspirar a una condición mejor. La decencia reina en un círculo un poco ancho, trazado por la policía; pero las excentricidades no están en las costumbres, ni en los modales, sino en la licencia poética del baile, en el delirio de la pasión que quiere sacudir todas las trabas. Me hicieron conocer a una *particular* a quien dejándose arrastrar por los aplausos, el municipal vecino había llamado al orden tres veces, y como insistiese hubo de llevarla al *violón*. Rabió, se resistió y concluyó como concluye toda historia con la autoridad, obedeciendo; pero estaba con su mejor vestido, y el esbirro era demasiado culto para no acompañarla a su casa a mudar de traje. Llegados al quinto piso, abrió la ventana para buscar lumbré, y de un salto se arrojó a la calle, a suicidarse, estrellándose sobre el empedrado, cayendo de treinta varas de alto. La infeliz había, mediante una fractura sobrevivido a su deshonra; halláronla viva, merced a los vestidos que le

habían servido de paracaídas. París es, por otra parte, poco ceremonioso en materia de costumbres privadas, y sería largo recorrer la escala que media entre la prostituta y la mujer casada, entre cuyos extremos se encuentran gradaciones del matrimonio, admitidas por la sociedad, justificadas por las diversas condiciones, y por tanto, respetadas. De aquí nace, a mi juicio, la cultura de las mujeres de Francia, la gracia infinita de la parisiense, y el vestir igual, en su caprichosa variedad, de todas las clases de la sociedad. De aquí viene, también, aquella ingerencia de la mujer en todos los grandes acontecimientos de la historia de esta nación, desde Eloísa, dos veces célebre, la doncella de Orléans y Agnès Sorel, hasta Mme. Roland, Carlota Corday, Mme. de Staël, Jorge Sand, la Rachel, la Reina Margot, diversas manifestaciones de aquella habilitación de la mujer, de aquel olvido de las debilidades inherentes a su sexo, que cuenta por poco en la clasificación de las clases, reinando en lo público siempre un tierno respeto por la mujer, que se muestra en diligencias, ómnibus y ferrocarriles. ¿Se acuerda Ud. de las chinganas de Chile? Este recuerdo me ha hecho mirar con interés los bailes públicos de París. ¡Qué poderoso instrumento puesto en manos hábiles!

El hipódromo

Hay otro espectáculo aún más adaptable a nuestra manera de ser, civilizador por el costado mismo que tenemos del bárbaro, por la destreza y la posesión popular del caballo. El hipódromo es una creación nueva del espíritu parisiense, que se incorporará bien pronto en el catálogo de diversiones públicas de todas las naciones europeas, y

que debiera ser transportado *incontinenti* a América, en donde echaría raíces profundas, como todo lo que es eminentemente popular. Es el hipódromo un inmenso circo de caballos, en cuyo rededor, como en nuestras antiguas plazas de toros, caben diez o doce mil espectadores. El pueblo gusta de la luz del sol, del espacio y de la libertad de hablar en voz alta que no encuentra en el teatro; en el hipódromo, además, nuestro pueblo de ambos lados de los Andes sería juez supremo, el artista por excelencia, el digno apreciador de los pasos de destreza y osadía de los equitadores. Juéganse cañas y cabezas en el hipódromo por cuadrillas de hombres y de mujeres, que cabalgan admirablemente, y visten con todo el primor elegante del gusto inglés. A esta exposición general se sigue el gran drama, que hace el objeto de la fiesta, tal como *La cruz de Berny*, o *El campo de la bandera de oro*, terminando la función por una carrera de cuádrigas romanas, la exhibición de un carruaje cuyos tiros se desprenden cuando los caballos se desbocan, la carrera de una corsa, Roberto Macaire con su cuadrilla de monos a caballo, y juegos de equitación de una osadía y perfección asombrosa.

El hipódromo, pues, presenta todas las aptitudes del caballo, y cuanto hay de noble y de artístico en el hombre para dominarlo y dirigirlo. Nuestros gauchos y nuestros guasos son insignes equitadores, y veinte veces nos hemos dicho, americanos en el hipódromo, si una cuadrilla de chilenos o de argentinos mostrase su lazo o sus bolas aquí, y cogiese un toro, o domase un caballo salvaje, se quedarían pasmados estos parisienses; y los que introdujesen aquella nueva variedad del arte de equitación harían su fortuna. Pero faltanos a nosotros arte, esto es, el arte antiguo, las posiciones nobles de la estatuaria, el estudio de

las fuerzas, y la gracia y gentileza de las clases cultas. Con nuestro poder de guasos sobre el caballo y el arte europeo, el hipódromo sería en América una diversión popular y una alta escuela de cultura. Todos los juegos de la equitación inglesa, desde la cerca de seis pies que salvan, hasta la zanja de veinte que saltan, se incorporarían en nuestros usos del caballo americano, defectuoso en esta parte; y luego, los espectáculos del antiguo arte ecuestre, la carrera de los carros tirados por cuatro caballos, el manejo francés, y las poses artísticas, cuya falta desgracia tanto nuestras exterioridades, irían a mejorar nuestras costumbres, anudando, por la representación de dramas magníficos, como la entrevista de Francisco I con el rey de Inglaterra, el hilo de la historia de los pueblos, roto para el roto americano, que no sabe lo que es Edad Media, ni torneos, ni caballeros ni mundo anterior a su poncho y a su lazo. Pero en Chile empiezan a creer hombres muy serios, que el chileno es chileno, y no europeo, sin acordarse que Quiroga, Rosas, López, sostenían lo mismo con respecto a los argentinos, y han dado los espectáculos de que hemos sido víctimas y testigos. Tengo cosas sin fin que decirle: ópera, teatros, libros; pero me parece esta dosis ya más que doblada para paciencia menos ejercitada que la suya. ¿Lee usted todavía todo un cuerpo de autos para poner un traslado? ¡Yo no leería ni el último escrito para sentenciar, con costas, contra el que haga escritos más fastidiosos, que es la pena del que escribe! En mi vida he leído libro malo, por cuya razón conozco tan poco los autores españoles.

Necesito educarme en Italia y en España para hablar de bellas artes y de teatros. A mi vuelta de aquellos países, volveré a hablarle de París.

Adiós, mi querido doctor.

ÍNDICE

Presentación, por Oscar Rodríguez Ortiz 7

Viaje a Francia

Cerca de Francia..... 11

Entre Río de Janeiro y Europa 12

La cuestión argentina y chilena 13

La presencia de Rosas..... 16

Un utopista a borde..... 17

Objeciones a Fourier 24

Un brasileño a bordo 26

Vista de Francia..... 26

En el puerto El Havre 27

Un cuadro impresionista 29

La Edad Media 30

Primera vista del gótico..... 31

Paisaje melancólico..... 32

La abadía..... 33

Roberto el Diablo o don Juan 36

Ruán..... 38

El mundo de la Catedral 40

La Francia clásica..... 42

La revolución..... 42

Los románticos..... 43

La restauración 44

Engaños americanos..... 45

Desde París..... 47

Sue no está aquí..... 49

El paseante ocioso.....	50
El hervidero de la ciudad.....	50
Benevolencia parisina.....	53
El pandemónium	54
Los pintores	56
La política.....	56
Efervescenciaintelectual.....	57
El folletín	58
Para dormir mejor.....	59
Prensa pagada.....	60
Argentina vista por Francia.....	61
Americanos en París.....	65
La experiencia de Thiers.....	66
Visita al Parlamento.....	69
Reacción contra Thiers.....	73
Visita al general San Martín.....	79
<i>Facundo</i> en Francia.....	81
Índole humana de París.....	86
Los bailes.....	87
El hipódromo.....	91

Este volumen de la Biblioteca Ayacucho,
se terminó de imprimir el mes de diciembre de 2004,
en los talleres de Kiss Producciones, Caracas, Venezuela.
En su diseño se utilizaron caracteres romana, negra y cursiva
de la familia tipográfica Century Old Style.
En su impresión se usó papel Adonis 90 grs.
La edición consta de 1.500 ejemplares.



ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

Mariano Picón-Salas
Meditación de Europa (vol. 23)

Miguel de Unamuno
Americanidad (vol. 24)

José Martí
Escenas norteamericanas (vol. 25)

Manuel Gutiérrez Nájera
La música y el instante.
Crónicas (vol. 26)

Rufino Blanco Fombona
Hombres y libros (vol. 27)

Portada:

“Sarmiento en Chile”.

Retrato publicado en *Historia de Sarmiento* de Leopoldo Lugones.

Buenos Aires: Otero Editores, 1911.

Apenas publicado en forma de libro su *Fa-cundo*, Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) emprende viaje a Europa con el propósito de conocer lo que se hace en agricultura o en educación para aplicarlo en su país. Sin embargo, a su mirada no puede escapar el curso de la política de cada nación visitada y la manera como en ella se percibe la situación de Argentina, sometida entonces a la dictadura de Rosas. Su viaje a Francia en 1846 representa el anhelo muy latinoamericano de conocer París, su río, sus bailes, las avenidas congestionadas y la experiencia de callejear sin objeto, junto con una amplísima y galopante meditación que lo mismo diserta sobre el utopismo de Fourier, cae en arrebatos románticos a la vista de las ruinas y de los monumentos góticos, así como se interesa en que su obra sea traducida, y en sostener citas con los personajes claves del momento a fin de hablarles respecto a la barbarie. Desde luego la francofilia del escritor es producto de la hispanofobia de quien desea cambiar y modificar todo el presente y pasado de su país. En otros volúmenes de esta misma colección se recogerán las páginas relativas a los demás lugares visitados por Sarmiento.

BIBLIOTECA



AYACUCHO

Colección La Expresión Americana